



LA AMENIDAD

BOLETIN SEMANAL DE ILUSTRACION Y RECREO

EVANGELINA.

POEMA DE H. W. LONGFELLOW,

TRADUCIDO DIRECTAMENTE DEL INGLÉS

POR D. JUAN DE IZAGUIRRE.

Y tornó el reinado del descanso y el afecto y la tranquilidad. El día, con su languidez y calor, había pasado, y el crepúsculo, al descender, volvió á traer la estrella vespertina al cielo y los ganados al establo. Llegaban las vacas pateando la tierra, descansando sus cuellos unas sobre otras y con sus narices dilatadas aspirando la frescura de la tarde; y á la cabeza de todas, con el cencerro, la linda ternera favorita de Evangelina, orgullosa de su piel de nítida blancura y de la cinta que flotaba en su cuello, andando tranquila y lentamente como si tuviese conciencia del afecto humano que inspiraba. Volvía el pastor con sus rebaños balando, del lado del mar, donde estaban sus pastos favoritos. Detrás iba el perro, guardián paciente, lleno de importancia, tan orgulloso de su instinto, pasando de un lado á otro con aires de señor, meneando soberbio la espesa cola y apresurando la marcha de los rezagados. Él era el guarda

de los rebaños cuando el pastor dormía; su protector cuando en la selva, entre el silencio de la estrellada noche, aullaban los lobos.

Luégo, al salir la luna, volvían los carros de los pantanos, cargados de salobre heno, que perfumaba el aire con su olor. Alegres relinchaban los caballos, con rocio en sus cinchas y cernejas, mientras que sobre sus lomos las pesadas sillas de madera, pintadas con colores vivos y adornadas con borlas rojas, se movían alegremente cual malvas llenas de flores. Pacientemente quietas entre tanto las vacas, abandonaban sus ubres á la mano de la lechera, de las cuales, con cadencia regular, caían en las sonantes jarras los chorros espumosos. Oíanse en el patio de la granja mugidos del ganado y carcajadas de frunce risa, repetidas por los graneros. Luégo todo se hundía en la quietud; pesadamente se cerraban con estridente ruido las hojas de las puertas, cruñían las

trancas de madera y todo quedaba en silencio durante una estación. Puertas adentro, al calor de la chimenea de ancha campana, sentábase perezosamente en su silla de brazos el labrador, observando cómo las llamas y las espaldas de humo luchaban entre sí como enemigos en ciudad incendiada. Detrás de él, su grande sombra movíase mímicamente á la largo de la pared con fantásticos gestos, hasta desvanecerse en la oscuridad. Las curvas, groseramente esculpidas en roble, del respaldo de su sillón, hacían muecas á la luz oscilante, y los platos de peltre de las lojas

recogían y reflejaban las llamas como los escudos de los ejércitos al resplandor del sol. Cantaba el anciano estrébillos y villancicos como los que en su país, tiempos atrás, sus padres ántes que él cantaron en sus huertos normandos y alegres viñedos borgoñones. Junto á su padre sentábase la gentil Evangelina, hilando lino para el telar, que ocupaba el rincón de detrás de ella. Sus careolas callaban, y descansaban sus diligentes lanzaderas mientras que el monótono y sordo ruido del torno, como el zumbido de una gaita, acompañaba el canto del anciano y unía sus frases



A la cabeza de todas, con el concurso, la llula ternera favorita de Evangelina.

entre sí. Y cual en la iglesia, cuando á intervalos cesa el canto del coro, se oyen las pisadas en las naves ó las palabras del sacerdote en el altar, así, á cada pausa del canto, escuchábase el movimiento acompasado del reloj.

Así estaban un día, cuando se oyeron pisadas, y en seguida sonó, abriéndose, el pestillo de madera y giró la puerta sobre sus goznes. Benito conoció por los zapatos claveteados que era Basilio el herrero, y Evangelina por su corazón palpitante supo quién le acompañaba.

— Bien venidos — exclamó el labrador al detenerse los pasos en el umbral. — Bien venido, amigo Basilio. Vén á ocupar tu sitio junto á la chimenea, que siempre está vacío sin ti; coge del aparador tu pipa y la caja del tabaco; nunca te encuentras más en tu elemento que cuando entre espirales de humo, de tu pipa ó de tu fragua, brilla tu rostro cariñoso y jovial, redondo y colorado, como la luna de la siega por entre la neblina de los pantanos.

Con plácida sonrisa respondió de esta manera el herrero Basilio, tomando con franco ademán su silla acostumbrada junto al fuego:

— ¡Y tú, Benito Bellefontaine, que siempre tienes á mano tu dicho y tu canción, siempre alegre, mientras los otros andan siempre llenos de funestos augurios, viendo sólo desgracias ante sí! ¡Y tú dichoso, como si todos los días encontrases una herradura!....

Se detuvo un momento para tomar la pipa que

Evangelina le alargaba, y después de encenderla con un ascua, prosiguió lentamente:

— Cuatro días hace ya que los buques ingleses están anclados en la boca del Gaspercán con sus cañones apuntados contra nosotros. Se ignora cuál pueda ser su designio, pero se ha mandado á todo el mundo que mañana se reúnan en la iglesia, donde la órden de S. M. se proclamará como ley. ¡Ay! cuántas sospechas de nubes alarman los corazones de las gentes.

Á esto contestó el labrador:

— Quizás objeto más amistoso traigan estos buques á nuestras costas. Quizás las cosechas en Inglaterra, á causa de lluvias ó de calor fuera de tiempo, se hayan perdido, y quieran alimentar sus ganados y gentes con nuestros rebosantes graneros.

— No creen eso las gentes de la aldea — respondió con calor el herrero, moviendo su cabeza en sán de duda; y después, exhalando un suspiro, continuó: — Luisburgo no se ha olvidado, ni Beau Sejour, ni Port Royal. Muchos se han escapado ya á la selva y vagan esperando con ansioso corazón el dudoso destino de mañana. Nos han quitado las armas y toda clase de medios de guerra, no dejando más que la usandarria del herrero y la hoz del segador.

El jovial labrador contestólo con sonrisa agradable:

— Más seguros estamos desarmados en medio de nuestros rebaños y nuestras mieses; más seguros

dentro de estos pacíficos diques, cercados por el Océano, que lo estuvieron nuestros padres en fortalezas sitiadas por el cañon enemigo. No temas daño alguno, amigo mío, y que ninguna sombra de pena se extienda esta noche sobre tu casa y hogar, porque ésta es la noche del contrato. Levantados están la casa y el granero. Los alegres mozos de la aldea la han construido bien y sólidamente, y despues de romper los terrones de alrededor han llenado de heato el granero, y la casa de comestibles para un año. René Leblanc llegará pronto con sus papeles y su futuro de asta. ¿No hemos de estar, pues, contentos y regocijarnos con la alegría de nuestros hijos?

Evangelina, que estaba algo apartada, de pié, en la ventana, con su mano entre las de su amante, oyó ruborizada las palabras que su padre había hablado. Y no bien habían muerto en sus labios, cuando el digno notario entró.

III.

Doblada, como laberioso remo que lucha con la resaca del Océano; doblada, pero no ajada por los años, estaba la figura del notario. Guedejas de pelo amarillo, semejantes á la borra sedosa del maíz, caían sobre sus hombros; su frente era espaciosa, y sobre su nariz se asentaban los espejuelos de concha con aire de suprema suficiencia. Era padre de veinte hijos y más de cien nietos; montados á caballo en sus rodillas, oyeron el tic-tac de su gran reloj. Cuatro largos años en la época de la guerra había pasado en triste cautiverio, sufriendo mucho en antigua fortaleza francesa por simpatizar con los ingleses. Y ahora más cunto, aunque sin artificio ni malicia, había madurado en prudencia, pero siempre paciente, sencillez, infantil. Todos le amaban, y más que todos, los niños; pues los contaba cuentos del lobo hambriento de la selva, y del diablo que venía de noche á dar de beber á los caballos, y de la blanca Letiche, fantasma de un río que murió sin bautizar y fué condenado á vagar sin ser visto por los cuartos de los niños; y cómo la Noche-buena los bucyes hablaban en su establo; y cómo se curaba la fiebre encerrando una araña en una cáscara de nuez; y del poder maravilloso del trelol de cuatro hojas; y de las herraduras, con todo lo demás que la tradición había extendido por la aldea.

Levantóse de su asiento junto al fuego el herrero Basilio, sacudiendo la ceniza de su pipa, y lentamente tendiéndole la mano, exclamó:

—Padre Leblanc, tú habrás oído las conversaciones de toda la aldea, y quizás puedas decirnos algo nuevo acerca de estos barcos y de su misión.

Á lo cual con continente molesto respondió el notario:

—Bastante clara he sido, pero no he adelantado gran cosa; ignoro también cuáles sean sus propósitos. Sin embargo, no soy de los que creen que los traiga aquí ningún fin siniestro; pues estando nosotros en paz, ¿á qué molestarnos?

—¿Ira de Dios!—exclamó el violento y algo irascible herrero.—¿Hemos de buscar en todas las cosas el cómo y el por qué? ¿No se cometen diaria-

mente injusticias y prevalece el derecho del más fuerte?

Pero sin tomar en cuenta su acaloramiento, continuó el notario:

—El hombre es injusto, pero Dios es justo, y la justicia al fin triunfa; bien recuerdo un cuento, que á menudo me consolaba cuando me hallaba prisionero en la antigua fortaleza francesa de Port-Royal.

Era un cuento favorito del anciano, que gustaba mucho repetirlo, siempre que sus vecinos se quejaban de cualquier injusticia.

—«Hubo una vez en una antigua ciudad, cuyo nombre no recuerdo, en medio de la plaza principal, una alta columna, sobre la cual campeaba una estatua de bronce de la Justicia, con una balanza en la mano izquierda y una espada en la derecha, como emblema de que la justicia presidia á las leyes del país y los corazones y los hogares del pueblo. Hasta los pájaros habían construido sus nidos en los platillos de la balanza, no ajustándoles la espada que brillaba á la luz del sol encima de ellos. Pero andando el tiempo las leyes del país se corrompieron, la fuerza ocupó el lugar del derecho, y los débiles fueron oprimidos, y los poderosos los dominaron con férrea vara. Ocurrió, pues, que en el palacio de un noble se perdió un collar de perlas, y pronto la sospecha recayó en una huertanita que, en calidad de doncella, vivía en la casa. Ésta, despues de sufrir una sumaria, fué condenada á morir en el cadalso, sufriendo pacientemente su pena á los piés de la estatua de la Justicia. Y cuando á su Padre celestial subió su alma inocente, hé aquí que sobre la ciudad se desencadenó una horrible tempestad, y los rayos de las nubes, hiriendo á la estatua de bronce, arrancaron y arrojaron violentamente al suelo los rechimantes platillos de la balanza, encontrándose en su hueco un nido de urraca, entre cuyas paredes de barro estaba entretrejo el collar.»

Acallado, pero no convencido, quedó el herrero al concluir el cuento, como hombre que bien deseaba poder hablar; pero que no encontraba palabras, dibujándose fácilmente sus pensamientos en las líneas de su rostro, tal como los vapores se hielan en forma fantástica sobre los cristales de las ventanas por el invierno.

Despues Evangelina encendió la lámpara de bronce, colocándola sobre la mesa; llenó hasta el borde el jaro de peltre con cerveza casera de dorado color, que gozaba de gran fama en la aldea de Gran-Pre. Mientras, el notario, sacando de sus bolsillos papeles y tintero, escribió con firme pulso la fecha y edad de los contrayentes, enumerando el dote de la novia en rebaños de ovejas y vacas. Siguió todo lo demás por su órden recto y fielmente, y por conclusion impuso en el márgen, como un sol, el gran sello legal.

Entónces de su saco de cuero el labrador puso en la mesa triple derecho notarial para el anciano en sólidas piezas de plata, y el notario, levantándose y bendiciendo á los novios, alzó en alto el jaro de cerveza y bebió á su salud. Enjugando la espuma que quedó en sus labios, saludó gravemente y se retiró.



En mansióna huchin los marinos, se relatan de cada jugada foliz.

Silenciosos y meditabundos los demás, se sentaron junto á la lumbre, hasta que trayendo Evangelina el tablero de damas, luego empezó el juego. En amistosa lucha los ancianos, se reían de cada jugada feliz ó cada maniobra frustrada, celebrando cuando una dama se coronaba ó se abría casilla para pasar el rey.

Entre tanto, algo apartados, en la crepuscular oscuridad del hueco de una ventana, estaban los amantes sentados, cuchicheando entre sí, contemplando la salida de la luna sobre el pálido mar y la plateada neblina de los prados.

En las praderas sin fin del cielo empezaron á surgir silenciosamente una tras otra, á manera de capullos, las amorosas estrellas, las no-me-olvides de los Angeles.

Así trascurría la noche. Presto el campanario tocó la hora de las nueve, la queda de la aldea, é inmediatamente los huéspedes abandonaron sus asientos y partieron, y el silencio reinó en la casa. Más de un adiós y dulces «buenas noches» detuvieron largo tiempo en el umbral de la puerta el corazón de Evangelina, inundándolo de felicidad.

Después de cubrir con cuidado el rescaldo de la chimenea, resonaron en los escalones de encina las pisadas del labrador. Pronto con paso silencioso siguió su huella Evangelina. Subió la escalera, espacio luminoso en la oscuridad, ménos alumbrado por la lámpara que por el radiante rostro de la jóven.

En silencio atravesó el corredor y penetró en su cuarto. Sencillo era, con sus blancas cortinas y su gran ropero, sobre cuyas espaciosas tablas estaban cuidadosamente dobladas las telas de hilo y lana que Evangelina había tejido por su mano. Este era el dote precioso que aportaría á su marido al casarse, más valiosos que las ovejas y vacas, por ser muestra de su habilidad casera.

Pronto apagó su lámpara, pues la templada y radiante claridad de la luna rió á través de las ventanas, alumbrando la habitación y haciendo que el corazón de la doncella se dilatase obediente á su influjo como las trémulas mareas del Océano.

¡Ah! ¡qué hermosa estaba, qué hermosa de ver, cuando de pié y descalzos los ángeles piés sobre el lustroso piso de su habitación, bien distaba de sospechar que abajo, entre los árboles del huerto, aguardaba su amante, acechando la luz de la lámpara y su sombra querida! Y sin embargo, en él detenía ella sus pensamientos. Á veces un sentimiento de tristeza cruzaba su alma, si la sombra pasajera de una nube en la claridad de la luna se extendía por el piso y oscurecía momentáneamente el cuarto. Luego, contemplando por la ventana el cielo, veía salir serenamente la luna de entre los pliegues de una nube, acompañada de una estrella, como de la tienda de Abraham salió Agar acompañada del jóven Ismael.

IV.

Placentero salió á la mañana siguiente el sol en la aldea de Gran-Pré. Apacible resplandecía en la templada y dulce atmósfera la ensenada de Minas, donde

los buques, con sus mecidas sombras, estaban anclados.

Largo tiempo hacía que la aldea se había despertado, y que el clamoroso trabajo había llamado con sus cien aldabones á las doradas puertas de la mañana. Ya del campo vecino, de las granjas y caseríos próximos llegaban con sus trajes de fiesta los alegres labradores acudidos. Los fraucos á buenos días y la jocosa risa de los jóvenes hacían la serena atmósfera más brillante, cuando por los vastos prados, donde no se veía más sendero que el surco de las ruedas en el césped, iba apareciendo grupo tras grupo, y se reunían, ó distintos marchaban por el camino real.

Mucho antes del mediodía, todo ruido de trabajo había cesado en la aldea. Las calles estaban atestadas de gentes; en las puertas de las casas veíanse bulliciosos grupos sentados al sol, solazándose y churlando entre sí; todas las casas se hallaban convertidas en posadas, donde todos eran bien recibidos y agasajados; pues entre aquellas gentes sencillas, que vivían como hermanos, todo era tenido en común y lo que uno poseía era del otro. Pero bajo el techo de Benito la hospitalidad parecía ser más generosa, porque Evangelina andaba entre los huéspedes de su padre, con su rostro irradiando sonrisas y palabras de bienvenida y de contento, que caían de sus lindos labios y bendecían la copa que ella alargaba.

Bajo el abierto cielo, en la alerosa atmósfera del huerto, doblado con el peso de la dorada fruta, había-se dispuesto la fiesta de los esposales. Allí, á la sombra del portal, donde estaban sentados el cura y el notario, sentados también estaban el buen Benito y el robusto herrero Basilio. No muy lejos de ellos, próximo á la prensa de la cidra y á las colmenas, había sido colocado Miguel, el violinista, con el más alegre corazón y el más alegre de los chalecos. La luz filtrada y la sombra de las hojas alternaban jugueteando con sus cabellos de nívea blancura, al flotar al viento, y su risueña cara ardía como el carbon enrojado cuando se soplan las brasas en el rescaldo.

Alegremente cantaba el aciano, acompañado por el sonido vibrante de su violín, *Tous les bourgeois de Chartres* y *Le Carillon de Dunkerque*, llevando con sus listos zapatones de madera el compás de la música; y alegremente, alegremente giraban las ruedas de los bailes vertiginosos bajo los árboles del huerto y por más allá de la senda hasta el prado, viejos, jóvenes y niños mezclados entre sí. ¡La doncella más hermosa era Evangelina, la hija de Benito! ¡El más apuesto de los jóvenes, Gabriel, el hijo del herrero!

Así trascurría la mañana, cuando de pronto el sonoro clamor de la campana hizo oír desde su torre, acompañándole redobles de tambores por los prados abajo. No tardó mucho en llenarse de hombres la iglesia.

(Se continuará.)

VIAJES EXTRAORDINARIOS LAUREADOS POR LA ACADEMIA FRANCESA.

EL ARCHIPIÉLAGO DE FUEGO,

POR JULIO VERNE.

TRADUCCION DE ALFREDO GARCIA LOPEZ.

Pues bien, si los *taniotas* están á la hora presente semisalvajes, calcúlese lo que serian hace cincuenta años. Antes de que los cruceros de los buques de vapor hubiesen limitado sus depredaciones en el mar, durante el primer tercio de este siglo, eran los piratas más arrojados y á quienes más temian los barcos mercantes en sus escalas de Levante.

Y precisamente el puerto de Vitylo, por su situacion en la punta del Peloponeso, á la entrada de dos mares, por su proximidad á la isla de Cerigotto, refugio de piratas, estaba bien colocado para servir de abrigo á todos los malhechores que surcaban el archipiélago y los parajes próximos al Mediterráneo. El punto de concentracion de los habitantes de aquella parte del Magno tenia entónces, con especialidad, el nombre de país de *Kakovonni*, y los *kakovoniotas*, colocados en aquella punta que limita el cabo Matapan, se encontraban en las mejores condiciones para operar. En el mar acometian á los barcos, desde tierra los atraian con señales falsas, y en todas partes los saqueaban, quemándolos despues. Poco les importaba que sus tripulaciones fuesen turcas, maltesas, egipcias y aun griegas: ó eran cruelmente asesinadas, ó vendidas como esclavas en las costas berberiscas. Cuando faltaba el trabajo y cuando los buques costeros escaseaban en el golfo de Coron ó en el de Marathon, ya en el Corygo ó en el cabo Gallo, hacianse rogativas públicas al dios de las tempestades para que se dignase llevar hácia aquellos sitios algun barco de gran tonelaje y ricamente cargado. Y los buenos cenobitas no se negaban á celebrar aquellas ceremonias religiosas, que redundaban en beneficio de sus feligreses.

Desde algunas semanas ántes, el saqueo no habia producido nada. Ningun buque habia ido á recalar en las playas del Magno. Por esta causa brotó una manifestacion de alegría cuando el monje dejó escapar aquellas palabras entrecortadas por una respiracion asmática:

— ¡Buque á la vista!

Casi en el mismo instante se oyeron los sordos golpes de la simandra, especie de campana de madera con chapa de hierro, que se usa en las provincias donde los turcos no permiten el empleo de campanas de bronce. Pero aquellos lúgubres golpes eran suficientes para reunir á una poblacion ávida, hombres, mujeres, niños, perros feroces y temidos, igualmente dispuestos todos al saqueo y al asesinato.

Entre tanto, los vitylianos reunidos en lo alto de

la roca discutian á gritos de qué clase era aquel barco señalado por el cenobita.

Con la brisa de norte-noroeste que refrescaba al caer la tarde, el barco se deslizaba rápidamente con sus velas amuradas á babor. Podria suceder que se dirigiera al cabo Matapan dando bordadas, mas segun su direccion, parecia encaminarse á la isla de Creta. Su casco empozaba á dibujarse sobre la estela que dejaba en pos, pero el conjunto de sus velas no constituia más que una masa sin forma á la simple vista. Era muy difícil reconocer á qué clase de embarcacion pertenecia, y con este motivo variaban las opiniones á cada minuto.

— ¡Es un jabeque! — decia uno de los marineros. — Acabo de ver las velas cuadradas de su mastelero de mesana.

— ¡No! — replicaba otra — es un pínque, mirad su popa y la curvatura de su roda.

— Sea jabeque ó pínque, ¿quién se atreve á distinguirlos á tanta distancia?

— ¿Y por qué no habia de ser una polacra de velas cuadradas? — observó otro marino que habia improvisado un catalejo con sus dos manos medio cerradas.

— ¡Dios acuda en nuestro auxilio! — repuso el anciano Gozzo — sea jabeque ó pínque es un buque de tres palos, y más valen tres que dos cuando se trata de recalar en nuestras costas con un buen cargamento de vinos de Candia ó de tejidos de Smyrna.

Al oír aquella juiciosa observacion miraron más atentamente. El buque se acercaba aumentando de tamaño poco á poco; pero como cesia el viento muy de cerca no podia vérselo más que al sesgo. Por consiguiente, hubiera sido difícil el decir si tenia dos ó tres palos, esto es, si se podia confiar en que su tonelaje fuese considerable ó no.

— ¡Eh! ¡El diablo nos trae la miseria! — dijo Gozzo lanzando uno de esos juramentos poliglotos con los que acentuaba todas sus frases. Ya verás como todo eso queda reducido á un jabeque....

— ¡Cuando más speronaro! — exclamó el cenobita no ménos descorazonado que sus ovejas.

Esta observacion fué acogida con exclamaciones de disgusto. Cualquiera que fuese la clase del barco ya podia apreciarse que no desplazaba más de ciento ó ciento veinte toneladas. Lo de ménos era que su cargamento no fuese enorme con tal de que fuera rico. Hay jabeque y aun speronaros que van cargados de vinos exquisitos, de finos aceites y de tejidos preciosos. En

este caso merecen la pena de ser apresados y producen pingües beneficios con muy poco trabajo. No debían perderse las esperanzas. Además los veteranos de la partida, expertos en la materia, encontraban en aquel barco cierto corte elegante que prevenía en su favor.

El sol comenzaba á desaparecer detrás del horizonte del mar Jónico, pero el crepúsculo de Octubre debía dejar bastante luz durante una hora para que pudiera reconocerse al buque antes de correr la noche. Aquél, después de haber doblado el cabo Matapan, acababa de hacer dos cuartos de rumbo con el objeto de enfilar mejor la entrada del golfo; con esta maniobra se presentaba en las mejores condiciones para ser examinado por los observadores.

La palabra «¡Sacoleva!» se escapó un instante después de la boca del viejo Gozzo.

—¡Una sacoleva!—exclamaron sus compañeros, cuyo disgusto se manifestó por una tempestad de blasfemias.

Sobre esto no hubo ya discusión, porque no cabía equivocarse. El barco que maniobraba á la entrada del golfo de Coron era, en efecto, una sacoleva. Sin embargo, aquellas gentes de Vitylo no tenían motivo para quejarse de su mala suerte. No es raro, y si ocurre con frecuencia, que las sacolevas lleven á su bordo ricos cargamentos.

Se llama sacoleva un barco levantino de mediano tonelaje, cuya curva del puente se levanta un poco elevándose hacia la popa. Su aparejo se compone de tres palos con velas sangreas. El palo mayor, colocado en el centro y muy inclinado á proa, lleva una vela latina. Dos focas y dos velas de punta en los palos desiguales de popa, completan su velamen, que le da un singular aspecto. Las pinturas de colores vivos de un casco, la salida de su roda, fuera de perpendiculares, la variedad de su arboladura, y el corte fantástico de sus velas, hacen de esta embarcación uno de los modelos más curiosos de esos elegantes barcos que bordean á centenares en los angostos pasos del archipiélago. Nada tan lindo como aquel ligero buque, al acostarse y levantarse sobre la ola, rodeándose de espuma, saltando sin esfuerzo, semejante á un enorme pájaro cuyas alas rozasen la superficie del mar que brillaba entonces iluminado por los últimos rayos del sol.

Aunque la brisa tendía á refrescar y el cielo se cubría de «nubarras» — nombre que los levantinos dan á ciertas nubes de su cielo — la sacoleva no tomaba ningún rizo de sus velas. Seguía con su juanete volante, que cualquier marino, ménos audaz, ya hubiese arriado. Evidentemente su intención era de revelar, y el capitán no debía preocuparse de pasar la noche en un mar muy duro y que amenazaba tornarse más grueso.

Mas si los marinos de Vitylo estaban bien seguros de que la sacoleva entraría en el golfo, no sucedía lo mismo en cuanto á saber si fondearía en el puerto.

—¡Eh!—gritó uno de ellos;—parece que trata de puntear el viento en vez de dirigirse hacia aquí.

—¡El diablo la lleve á remolque!—contestó otro.—¿Apostamos algo á que va á virar y á largarse?

—Araso haga rumbo á Coron.

—Ó á Kalamata.

Ambas hipótesis eran igualmente admisibles. Coron es un puerto de la costa ionia bastante frecuentada por los buques de comercio de Levante, y por él se hace una gran exportación de los aceites de la parte Sur de Grecia. Lo mismo sucede á Kalamata, situada en el fondo del golfo, cuyos bazares rebosan de productos manufacturados, tejidos y alfarería que le envían los diversos estados de la Europa occidental. Por consiguiente, era posible que la sacoleva llevase cargamento para alguno de dichos puertos, lo cual hubiera trastornado por completo los planes de los vitylios, siempre dispuestos á saquear.

La sacoleva se deslizaba rápidamente sobre las olas mientras era objeto de una atención tan poco desinteresada, y no tardó en colocarse á la altura de Vitylo. En aquel momento se decidía su suerte. Si continuaba internándose en el golfo, Gozzo y sus compañeros debían perder las esperanzas de apoderarse de ella. En efecto, aun cuando se hubieran lanzado á sus más veloces lanchas no habrían tenido ninguna probabilidad de alcanzarla, pues su marcha era muy superior, gracias á aquel enorme velamen que llevaba sin fatiga.

—¡Ya llega!

Estas dos palabras fueron pronunciadas por el viejo marino, cuyo brazo, que terminaba en una mano ganchuda, se dirigió al pequeño bote como un arpeo de abordaje.

Gozzo no se equivocaba. Habían puesto la barra del timón al viento y la sacoleva se dejaba conducir hacia Vitylo. Al mismo tiempo el juanete y el segundo foque fueron amainados, y luego la gavia se levantó sobre sus apagapeneles. Aliviada de este modo de una parte de sus velas, era más dueño de ella el timonel.

Empezaba á ser de noche. La sacoleva no tenía más tiempo que el preciso para dar en los pasos de Vitylo, en los cuales hay acá y allá rocas submarinas que es preciso sortear si no se quiere correr á una destrucción completa. Sin embargo, la bandera de piloto no se había rizado en el palo mayor del pequeño buque. Esto daba motivo á sospechar que su capitán conocía perfectamente aquellos fondos llenos de peligros, puesto que marchaba por entre ellos sin demandar auxilio. Quizás también desconfiaba, y con razón, de los prácticos vitylios, que no hubieran tenido inconveniente en guiarle á algun bajío donde ya se habían perdido algunos barcos.

En aquella época ningún faro iluminaba las costas del Magno. Un sencillo farol de puerto servía para gobernar en el angosto canal.

La sacoleva se acercaba, sin embargo, y no tardó en estar á media milla de Vitylo reculando sin vacilación. Se conocía que una mano hábil la guiaba.

Esto no era para regocijar á aquellas tunantes, que tenían interés en que el barco, objeto de su codicia, se estrellase contra alguna roca. En aquellos sitios el escollo se convertía voluntariamente en cónclave suyo. Él daba principio á la tarea y ellos no hacían más que terminarla. Primero el naufragio, después

el saqueo. Esto les ahorra una lucha á mano armada, una agresión directa de la cual pudiera alguno ser víctima, pues habia barcos defendidos por valerosos tripulantes que no se dejaban atacar impunemente.

Los compañeros de Gozzo abandonaron su puesto de observacion, y volvieron á bajar al puerto sin perder un minuto. Se trataba de poner en práctica aquellas maquinaciones familiares á todos los saqueadores de buques náufragos, sean de Poniente ó Levante.

El hacer zozobrar á la saqueleva en los estrechos pasos del canal, indicándola una falsa direccion, era muy fácil en medio de aquella oscuridad, que, sin ser profunda todavia, era suficiente para dificultar las evoluciones.

— ¡Al farol! — dijo sencillamente Gozzo, cuyos compañeros tenian la costumbre de obedecerle sin titubear.

La orden del viejo marino fué comprendida. Dos minutos despues, aquel farol, una linterna encendida en lo alto de una percha levantada en el muelle, se apagaba súbitamente.

En el mismo instante, aquel farol fué reemplazado por otro que se colocó desde luego en la misma direccion: mas si el primero estaba inmóvil en el muelle indicando un punto siempre fijo para el navegante, el segundo, gracias á su movilidad, debía guiarle fuera del canal y exponerle á chocar contra cualquier escollo.

En efecto, consistia en una linterna cuya luz era igual á la del farol del puerto: pero iba atada á los cuernos de una cabra á la que se obligaba á caminar lentamente por las primeras rampas del derrumbadero, de modo que variaba de posición según se movia el animal, á fin de comprometer á la saqueleva con falsas maniobras.

No era aquella la primera vez que las gentes de Vitylo obraban así, no por cierto. Y en pocas ocasiones se habian frustrado sus planes.

Mientras tanto la saqueleva acababa de entrar en el paso. Despues de haber cargado la vela mayor, se quedó con las velas latinas de popa y con el foque. Aquel reducido velamen debía bastarle para llegar al fondeadero.

En medio de la más profunda sorpresa de los marinos que observaban, el pequeño barco avanzaba con seguridad increíble por las sinuosidades del canal. Parecia que no se preocupaba poco ni mucho de aquella luz móvil conducida por la cabra. Aun cuando hubiera sido de día no hubiese ejecutado una maniobra más correcta. Su capitán debía ser muy práctico en los alrededores de Vitylo, y sin duda los conocia hasta el punto de poder aventurarse en ellos, á pesar de la oscuridad de la noche.

Ya podia verse al osado marino. Su silueta se destacaba con limpieza sobre la sombra oscura de la proa del barco. Estaba envuelto entre los anchos pliegues de su *aba*, especie de capote de lana, cuyo capuchon le cubria la cabeza. La actitud de aquel capitán no se parecia en nada á la de esos modestos patrones de embarcaciones de cabotaje, que durante la maniobra pasan y repasan sin cesar entre sus dedos las cuentas de un enorme rosario, tipo muy co-

nocido en los mares del Archipiélago. No. Este, con voz baja y tranquila, no se ocupaba más que en transmitir sus órdenes al timonel colocado á popa.

En aquel instante, la linterna puseada por las rampas se apaga de repente. Pero esto no estorbó á la saqueleva para seguir imperturbablemente su ruta. Por un momento pudo creerse que una declinacion del rumbo la llevaria hacia una roca peligrosa, situada á flor de agua, á un cable del puerto, y que no podia ser vista en la sombra. Un ligero golpe de barra bastó para modificar su direccion y para que tocara en el escollo rozándole.

Igual destreza manifestó el timonel, cuando fué preciso evitar una segunda roca que no dejaba más que un estrecho paso á través del canal, en la que más de un barco habia tropezado al dirigirse al fondeadero, ya fuese cómplice su piloto ó no lo fuese de los vitylianos.

Éstos no tenian ya que contar con las probabilidades de un naufragio que les hubiera entregado la saqueleva sin defensa. Pocos minutos despues estaria adclada en el puerto, y para apoderarse de ella seria necesario tomarla al abordaje.

Así lo resolvieron aquellas hribones despues de una larga conferencia, y así se disponian á ponerlo por obra en medio de una oscuridad muy favorable para tal género de operaciones.

— ¡A los botes! — exclamó el viejo Gozzo, cuyas órdenes no eran discutidas nunca, especialmente cuando mandaba entrar á suyo.

Cuando treinta hombres vigorosos, armados unos de pistolas y blandiendo la mayor parte barchas y puñales, se lanzaron á los botes amarrados al muelle, empezando á bogar en número muy superior al de tripulantes de la saqueleva.

Al mismo tiempo se dejó oír á bordo una breve orden. La saqueleva, que ya habia salido del canal, se hallaba en medio del puerto. Largadas las drizas, cayó el ancla y permaneció inmóvil despues de la última sacudida causada por la cadena al bajar.

Los botes distaban pocas brazas. Cualquiera tripulacion, aunque no quisiera mostrar una desconfianza exagerada, pero conociendo la mala reputacion de los habitantes de Vitylo, se hubiera armado con objeto de ponerse en situacion de defensa para el caso de una acometida.

Peró la tripulacion de la saqueleva no obró así. El capitán, despues de haber fondeado, pasó de proa á popa, mientras sus hombres, sin ocuparse de la proximidad de los botes, se dedicaban á recoger las velas á fin de dejar libre el puente.

Tan sólo se hubiera observado que no las aferraban por completo, sino de modo que cargando sobre las drizas pudieran aparejar en seguida.

El primer bote atracó á la saqueleva por el costado de babor. Los demas no tardaron en acercarse, y como las bordas eran poco elevadas, los asaltantes, que daban gritos de muerte, no tuvieron más sino pasar por ellas una pierna para encontrarse en el puente.

Los más atrevidos se precipitaron hacia la popa. Uno de ellos cogió una linterna y la acercó al rostro del capitán.

Éste se llevó la mano al capuchon, le dejó caer sobre sus hombros y su cara apareció completamente iluminada.

—¡Cómo!— dijo.—¿Los habitantes de Vitylo no reconocen ya á su compatriota Nicolas Starkos?

Miéntas el capitán hablaba se cruzó de brazos tranquilamente.

Un momento despues desatracaron los botes á gran velocidad, volviendo al fondo del puerto.

II.

FRENTE Á FRENTE.

Diez minutos despues, un pequeño bote, un gíg, se apartaba de la sacoleva y dejaba al pié del muelle,



El capitán se cruzó de brazos tranquilamente.

sin acompañamiento y sin armas, al hombre ante el cual acababan los vitylianos de batirse en retirada.

Era el capitán de la *Karysta*; así se llamaba el pequeño buque que fondeó momentos ántes en el puerto.

Aquel hombre, de regular estatura, descubría una frente ancha y altiva bajo su gorra de marino. Su mirada era dura y sus ojos vivos y penetrantes. Su labio superior estaba cubierto por unos bigotes de klephite estirados horizontalmente, pero que no terminaban en punta, sino en una especie de brocha. Su pecho era ancho y sus miembros vigorosos. Largos cabellos negros caían sobre sus hombros en forma de rizos. Pasaría de los treinta y cinco años, pero no contaría muchos meses más. Sin embargo, su rostro, atezado

por el aire del mar; la dureza de su fisonomía y una arruga de su frente parecida á un hondo surco en el cual no pudiera germinar ninguna idea honrada, le daban más edad de la que tenía realmente.

El traje que llevaba entónces no era ni el de chaqueta, ni el de palikaro. Su caftán de color oscuro, bordado con trencillas poco vistosas; su ancho pantalón verdoso, recogido por altas botas, recordaban la vestimenta del marino de las costas berberiscas.

No obstante, Nicolas Starkos era griego de nacimiento y oriundo de aquel puerto de Vitylio. Allí había pasado los primeros años de su juventud. Siendo niño y adolescente, hizo entre aquellas rocas su aprendizaje de la vida de mar. En aquellos sitios ha-

bia navegado á merced de las corrientes y del viento. No existía un abra que no hubiese reconocido, ni un escollo, ni una roca submarina cuyo relieve no le fuese familiar, ni un recodo del canal cuyas múltiples sinuosidades no fuera capaz de seguir sin brújula y sin piloto. Por esto se comprenderá cómo á pesar de las falsas señales de sus compatriotas pudo dirigir la saoleva con tanto acierto. Además sabía que los vitylianos no inspiraban confianza, y no ignoraba su manera de *trabajar*. Quizás también no desaprobaba sus instintos rapaces, porque no tuvo ocasión jamás de sufrir personalmente sus consecuencias.

Pero si él los conocía, también conocían ellos á Nicolas Starkos. Después de haber muerto su padre, que se contaba entre los millares de víctimas de la crueldad de los turcos, su madre, ansiosa de vengar el asesinato de su marido, esperó el momento de tomar parte en la primera sublevación contra la tiranía otomana. El hijo abandonó el Magno á los diez y ocho años para recorrer los mares educándose en la profesión de marino y en la de pirata. Durante aquel período de su vida sirvió á bordo de varios buques, y algunos jefes filibusteros y piratas le tuvieron á sus órdenes. Lo que nadie hubiera podido decir sería bajo qué pabellón hizo sus primeras armas y cuál sangre fué la primera que derramó en mano, si la de los enemigos de Grecia ó la de sus defensores, es decir, la que corría por sus venas. Muchas veces volvió á vérselo en diferentes puertos del golfo de Coron. Algunos de sus compatriotas hubiesen podido referir sus hazañas en la piratería; buques mercantes saqueados y destruidos, ricos cargamentos saqueados.... El nombre de Nicolas Starkos estaba rodando de cierto misterio, y sin embargo, era tan ventajosamente conocido en las provincias del Magno, que al oírle todos se inclinaban.

Así se explica la recepcion que hicieron á aquel hombre los habitantes de Vitylo, por qué les impuso con su sola presencia y cómo abandonaron el proyecto de saquear la saoleva en cuanto reconocieron al que la mandaba.

En cuanto el capitán de la *Karysta* atracó al muelle del puerto, hombres y mujeres que habían acudido á recibirle, se formaron respetuosamente en fila para dejarle paso. Al desembarcar no oyó ni un grito. Parecía que Nicolas Starkos tenía bastante prestigio para imponer silencio en torno sin más que presentarse. Esperaban á que hablase, y si no hablaba, lo cual solía suceder muy á menudo, nadie se permitía dirigirle la palabra.

Nicolas Starkos mandó á los marineros de su giga que volvieran á bordo, y se dirigió hacia el ángulo que el muelle forma en el interior del puerto. Mas apenas hubo dado veinte pasos en aquella dirección, se detuvo de repente, y viendo al viejo marino que le seguía como si esperase órdenes para ejecutarlas, le dijo:

—Gozzo, quizás necesite pronto diez hombres robustos para completar mi tripulación.

—Los tendrás, Nicolas Starkos — dijo Gozzo.

Si el capitán de la *Karysta* hubiera querido esto, los habría encontrado, á elegir, entre aquella pa-

blacion marítima. Y los cien hombres, sin preguntar adónde se los conducía, ni á qué les destinaban, ni por cuenta de quién iban á navegar ó á batirse, hubieran seguido á su compatriota, dispuestos á compartir su suerte, sabiendo que de cualquier modo reportarian provecho.

—Que dentro de una hora estén esos diez hombres á bordo de la *Karysta* — añadió el capitán.

—Estarán — repuso Gozzo.

Nicolas Starkos manifestó con un ademán que no quería ir acompañado, siguió el perfil que afectaba una forma curva en la extremidad del muelle, y se internó en las tres estrechas calles del puerto.

El viejo Gozzo, respetando su voluntad, volvió con sus compañeros para ocuparse en escoger los diez hombres destinados á completar la tripulación de la saoleva.

Nicolas Starkos subía lentamente las cuestas de aquel áspero derrumbadero sobre el cual se asienta la aldea de Vitylo. En aquel sitio no se oía otro ruido que el ladrar de perros furcos, casi tan terribles para los viajeros como los chacales ó los lobos, perros de formidables mandíbulas, y ancha cara de dogo, que no se asustan de un palo. Algunas gaviotas revolotean en el espacio, aloteando con sus extendidas alas para dirigirse á las cuevas del litoral.

No tardó Nicolas Starkos en traspasar las últimas casas de Vitylo, tomando el salvaje sendero que rodea el acrópolis de Kerapha. Después de caminar junto á las ruinas de una ciudadela, construída antiguamente en aquel sitio por Ville-Hardoin cuando los cruzados ocupaban diferentes puntos del Peloponeso, se vió obligado á seguir por el pie de las vastutas torres que aun dominan el derrumbadero. Allí se detuvo un momento y se volvió.

En el horizonte, más allá del cabo Gallo, veíase á la luna en su cuarto creciente, próxima á desaparecer en las aguas del mar Jónico; algunas estrellas fulguraban á través de los desgarrones de las nubes empujadas por el viento frío de la noche, y cuando calmaba la furia del vendaval no se oía ruido alguno alrededor del acrópolis. Dos ó tres embarcaciones, que difícilmente se veían, surcaban la superficie del golfo cruzándole hácia Coron ó dirigiéndose á Kalamata. Sin el farol que se balauzaba en lo alto de su percha hubiera sido imposible el reconocerlas. En la parte inferior del derrumbadero, y en diversos puntos de la costa brillaban siete ó ocho luces, cuyo resplandor duplicaba la temblorosa reverberacion de las aguas. ¿Eran luces de barcas pescadoras ó fuegos de casas encendidos durante la noche? No podría asegurarse.

Nicolas Starkos recorrió toda aquella inmensidad con su mirada que podía distinguir en las tinieblas. En el ojo del marino existe una potencia visual tan penetrante que le permite ver lo que no vería nadie. Pero en aquel momento parecía que las cosas exteriores no eran capaces de impresionar al capitán de la *Karysta*, acostumbrado á otras escenas y á otros espectáculos, y se hallaba recogido en sí mismo, aspirando casi inconscientemente aquel aire natal, que es como el aliento del país. Permanecía inmóvil, pensativo, con los brazos cruzados, y su cabeza, libre

del espáñol, no verificaba movimiento alguno.

De este modo pasó un cuarto de hora. Nicolas Starkos no había cesado de observar aquel occidente que marcaba un lejano horizonte de mar. En seguida dió algunos pasos, subiendo por el derrumbadero oblicuamente. No caminaba conmovido por la casualidad. Un pensamiento oculto le guiaba, pero hubiérase dicho que sus ojos no querían ver lo que habían ido á buscar en las alturas de Vitylo.

Pocos lugares habrá en el mundo de tan desolador aspecto como aquella costa, desde el cabo Matapan, hasta la última ensenada del golfo. Allí no crecían naranjos, limoneros, aguacayos, laureles, jazmines de Argolida, ligueras, madroños, mareas ni nada de lo que convierte algunas comarcas de Grecia en ricos y espléndidos vergel. Ni una encina, ni un plátano, ni un granado, cuya copa se destaca sobre el sombrero fonde de los cedros y de los cipreses. Por todas partes rocas que un próximo levantamiento de aquellos terrenos volcánicos hará caer á las aguas del golfo. Por todas partes una aspereza férrea en aquella tierra del Magnó, insuficiente para las necesidades de su población. Algunos pinos de pelado tronco, viejos, casi secos, de fantásticas formas, cuya resina se ha extraído, enseñan sus heridas profundas. Acá y allá miserables cactus, verdaderos cardos espinosos con escasas hojas que les dan el aspecto de erizos medio pelados. En parte alguna, en fin, ni en los arbustos achaparrados, ni en el suelo formado de más guijáros que tierra, se encuentran elementos nutritivos para alimentar á aquellas cabras, poco exigentes en verdad.

Nicolas Starkos dió unos veinte pasos, y se detuvo volviéndose hácia el Nordeste, donde la lejana cumbrera del Taygeto dibujaba su perfil en el fondo mismo oscuro del cielo. Una ó dos estrellas que aparecían á la misma hora, descansaban allí todavía, rozando en el horizonte como grandes gusanos de luz.

Nicolas Starkos estaba inmóvil. Dirigía sus miradas á una casita baja de madera, situada en una eminencia del derrumbadero, á cincuenta pasos de aquel sitio. Vivienda modestísima, aislada encima de la aldea, á la que no podía llegarse sino por ásperos senderos, construida en medio de un cercado de árboles raquíticos, y rodeada por un seto de espinos. Comprendiase que aquella casa estaba deshabitada de mucho tiempo. El seto descuidado, en unas partes espeso, en otras lleno de huecos, era una barrera insuficiente para protegerla. Los perros vagabundos, los chuecos que á veces visitan la región, habían saqueado aquel rinconcito del suelo amañota. Matorrales y plantas venenosas era el don de la naturaleza en aquel desierto, desde que la mano del hombre no trabajaba en él.

¿Cuál era la causa de tal abandono? Hacía muchos años que el dueño de aquel trozo de tierra había muerto. Su viuda, Andrónika Starkos, abandonó el país para alistarse entre las valerosas mujeres que se señalaron en la guerra de la Independencia. Desde su marcha, tampoco el hijo había puesto los pies en la casa paterna.

En ella había nacido Nicolas Starkos. En ella pasó

los primeros años de su infancia. Su padre, después de una larga y honrada vida de marino, se había retirado á aquel asilo, pero sin tener contacto con las gentes de Vitylo, cuyos excesos le causaban horror. Más instruido, y pudiendo disfrutar de alguna comodidad más que los habitantes del puerto, logró hacerse una existencia aparte entre su mujer y su hijo. Así vivía en el fondo de aquel retiro, tranquilo é ignorado, hasta que un día intentó romper el yugo opresor y pagó su resistencia con la vida. ¡ Nadie podía escapar á la odiosa dominación turca, ni aún en los confines de la Península más apartados!

No estando ya el padre para dirigir á su hijo, la madre fué impotente para contenerle.

Nicolas Starkos desertó de la casa para correr los mares, poniendo al servicio de la piratería y los piratas su maravilloso instinto de marino, que poseía casi desde su nacimiento.

Hacia diez años que el hijo había abandonado la casa, y seis que no la habitaba la madre. Se decía, sin embargo, que Andrónika había vuelto algunas veces. Por lo ménos, algunos habían creído apercebirlo, pero á raras intervalos, y durante cortos instantes, sin que se hubiera comunicado con ninguno de los habitantes de Vitylo.

En cuanto á Nicolas Starkos, aun cuando los azares de sus excursiones le habían hecho visitar su pueblo, nunca manifestó el menor deseo de visitar la modesta habitación en que vino al mundo. No se le ocurrió preguntar la causa del abandono en que se encontraba. Jamás preguntó por su madre, ni se enteró si había venido alguna vez á visitar su antigua habitación.

En medio de los terribles acontecimientos que ensangrentaban la Grecia, quizá habría oído alguna vez el nombre de Andrónika, nombre que hubiera debido causarle profundo remordimiento en la conciencia, si su conciencia no hubiera sido impenetrable.

Sin embargo, si aquel día Nicolas Starkos había fondeado en el puerto de Vitylo, no era únicamente para aumentar la tripulación de la sacoleva con diez hombres más.

Un deseo, más que un deseo, un imperioso instinto, del cual quizá ni el mismo se daba cuenta, le había incitado.

Sintió la necesidad de volver á ver, quizá por última vez, la casa paterna, de pisar el suelo en donde había dado sus primeros pasos, de respirar el aire emanado entre los mares en donde por primera vez había respirado, y donde había dicho las primeras palabras.

Si por todo esto subía los rudos senderos, y se encontraba á aquella hora delante de la derruida muralla.

Allí tuvo un momento de duda.

No hay corazón por endurecido que esté, que no se estremezca en presencia de lo que evoca recuerdos del pasado.

(Se continuará.)

AVENTURAS DE UN PILLUELO DE PARÍS EN OCEANÍA.

POR LUIS BOUSSENARD.

TRADUCCIÓN DEL FRANCÉS POR ALFREDO GARCÍA LOPEZ.

Era muy singular aquel barco, en cuyo interior se observaba una punible falta de limpieza, tripulado por un extraño conjunto de personas que parecían arriacadas de todos los países del mundo. Estaba cargado hasta el exceso, fardos, cajas de provisiones, sacos de arroz, jaulas en que chillan centenares de volátiles, carneros que balan tristemente y un escuadrón de cerdos que no tardan en romper su zahurda de proa, precipitándose hacia la popa, y arrojando sobre cubierta a los pasajeros y marineros: he aquí el aspecto que ofrece el buque en el momento de aparejar.

Al ver aquella confusión enteramente norte-americana, Pierre le Gall, modelo de marinos, acostumbrado á la exagerada limpieza de los buques de guerra franceses, no pudo reprimir una amarga significación.

— ¡Malita barcaza de agua dulce! — murmuró el viejo marino. — Es preciso ser un pirata de los mares de China para tener de esa manera un barco. ¡Y qué tripulación! Indios con chaqueta blanca, negrillos de África con hoja de palma de algodón, malayos bisojos, y esos veinticinco ó treinta monigotes con trenza.... ¿Y eso son marineros? Mejor parece una colección de fieras.

En aquel momento zarpaba el buque después del obligado *gahacá* del capitán, que estaba de pié en el puente.

— ¡Hola, hola! — exclamó de pronto Friquet, mirando al segundo en su puesto de proa. — Si no me equivoco, éso es el hombre con quien hemos tenido que ver durante nuestra estancia en tierra. Cuanto al capitán.... ¡ah, carantaba! es el mismo que ayer por la noche en la casa de juego sacudió el polvo al banquero de los uñas largas.

— Es verdad, tienes razón — replicó Pierre le Gall. — ¿Qué ha hecho ese pirata en tierra por espacio de quince días largos?

— Indudablemente trae algun negocio entre manos cuando se decide á cruzar por su propia cuenta.

— Sea lo que quiera, el caso es que corre parejas con su segundo. En cuanto á este último, no comprendo cómo consistente que el buque se halle en semejante estado. Hay un pié de inundación sobre el puente; los cerdos se refocilan sobre las claraboyas; los trozos de carbon empiezan á pasarse de proa á popa en compañía de los fardos; es imposible coger la barra del timón como no sea con tenazas, y los botes, llenos de toda clase de porquerías, están rebosando de paquetes, flos y envoltorios.

— Nuestro pirata economiza el terreno. La sentina y el entrepuente se hallan henchidas de inmigrantes.

Sin duda prefiere llevar los vivos en el puente para no ocupar los pañoles.

— Ya verás qué límpio queda todo eso si se acerca por aquí algun golpe de mar.

No tardaron en realizarse las provisiones del bravo marino. Después que el *Lao-Tsai* pasó el «Sulphur-Canal» y los estrechos de las islas Siko, Patung, Chung y Lantao, salió á alta mar.

Era el mes de Noviembre. El tiempo estaba cerrado y el monzon del Noroeste traía de la costa las brumas que flotaban en la atmósfera pesadamente. El mar, que casi siempre está alborotado en aquellos parajes, se puso horrible. Cabeceaba el buque de una manera espantosa, y verdaderas trombas de agua caían sobre el puente, que no tardó en convertirse en un pantano asqueroso.

Como si todo aquello le agradara mucho, el capitán se paseaba con aire satisfecho por la pasavela, ocupando á cada instante salida amarillenta.

— ¡Ah! — gruñó Pierre le Gall — ¿á que no se le ocurre á ese catibco apoyarnos con un poco de trapo? Los infelices que están en los pañoles van á quedar hechos papilla. Hace muy buen tiempo.

En aquel mismo instante sonó un silbido, y un enjambre de monigotes con trenza se lanzó á la arboladura dando agudos gritos y girando como veletas al rededor de los obaques, á los cuales se agarraban con los dedos de los piés. La gavia, el trínquete y el foque fueron acurados á babor, y el barco dejó de embrear.

Aun cuando aquella maniobra interpretaba los deseos de Pierre le Gall, no por eso le tranquilizó completamente.

— ¿Oyes? — dijo á Friquet; — me parece que no estoy alucinado. Creo que no seguimos el rumbo debido. Estamos en Noviembre. El monzon del Noroeste hace un mes que sopla, y ya deberíamos tener la proa háca Singapur, navegando viento en popa. En lugar de ser así, llevamos las velas amuradas á babor como si siguiéramos la derrota de Filipinas.

— No sé qué decirte, amigo mío. Ya sabes que estoy poco fuerte en la maniobra de vela.

— Pues mira, esto no está bien claro.

— ¡Bah! Nuestro pirata no puede ignorar hasta ese punto los principios de la navegación. Indudablemente tiene alguna idea.

Vamos á dormir y mañana veremos.

Pierre le Gall no durmió bien. Al amanecer le despertó el silencio de la máquina y la falta de las trepidaciones del hélice. De un salto se puso en el puente, y lanzó un juramento al ver todas las velas desplegadas, amenazando destrozar la arboladura. Todo

el velamen estaba hinchado á impulso del soplo del monzon. El buque erujia dando saltos sobre las olas, y los mástiles parecia que se rajaban por el impetu del viento. Si hubieran echado la guindola al agua, señalaria diez nudos por lo ménos.

—Lo mismo da — murmuró el marinero haciendo un gesto de aprobación— eso se llama retorcer la tela. Pero el tunante sigue el rumbo Sudeste. Es preciso que yo lo averigüe con certeza.

El marino quiso consultar la brújula. La barra del timón, á fin de no ser alcanzada por los golpes de mar, estaba como engada en una plataforma que Pierre se dispuso á escudar.

—¡No se pasa! — rugió con tono feroz un marinero americano que estaba de pie junto al timonel con un revólver en el cinturón.

— Quisiera ver la brújula — repuso friamente el breton.

—¡No se pasa! — replicó el yankee con tono más rudo todavía.

Pierre encontró un oficial que se dirigia á su camarote, y le dió cuenta del sofón que acababa de recibir.

— No os importa nada el morbo — le contestó bruscamente el oficial. — Aquí no estáis en un vapor trasatlántico.

— Ya lo vengo observando desde ayer — dijo Pierre le Gall — Basta... ¡ Cliton!... Allá verémos.

Sin decir una palabra bajó á su camarote, y cuando Friquet se despertó le encontró ocupado en cambiar los cartuchos de su revólver.

—¡Hola! ¿Qué haceis, marinero?

— Quiero estar preparado para abrasar la cara de ese maldito perro que nos ha cogido en esta trampa.

—¡Demonio! ¿pues qué pasa?

— Algo peor de lo que tú te figuras. Ó mucho muy engño, ó vamos á ver cosas buenas.

—¡Bah! Á nosotros no nos conmueven incidentes de poca monta.

— Si no se tratare más que de nuestro pellejo, me importaria tanto como de una escuadra en la luna. Pero somos responsables de la existencia de nuestros contratados... y de la fortuna de nuestros amigos.

—¡Carayula! — exclamó Friquet pensativo; fíjese razon.

— Por eso te digo que si veo el pleito malparado convierto en papilla los sesos del yankee.

Llegó la hora del almuerzo, y aunque nuestros dos compañeros estaban un poco preocupados, hicieron los honores á la espantosa mezcla de manteca, pescado salado, ajo y pimienta que les llevaron unos asquerosos y nauseabundos chinos. Despues de haber devorado como hombres cuyos estómagos han sufrido otras vicisitudes, se durmieron con un sueño de plomo.

Despertáronse al cabo de un tiempo de cuya duracion no pudieron darse cuenta, pero que les pareció muy largo. La oscuridad era completa. Tenian la cabeza pesada y parecia que un círculo de hierro les oprinia el cráneo. Al principio ni uno ni otro pudieron hacer un solo movimiento.

— Pero ¿qué es esto? — aulló Friquet con voz entrecortada por la rabia — me han amarrado las cuatro patas.

— ¡Sangre de Dios! — rugió Pierre le Gall — estamos en el pañol del contraoeste.

CAPÍTULO II.

Los hombres honrados en el calabozo de castigo. — Pierre le Gall se lleva á sí propio de espaldas tan pintorescos como inusitados — El marino breton no puede acostumbrarse á la idea de volver á la época de la infancia. — Cálculos de un bandido. — Amenazas terribles. — Se sabe por qué el pirata no arrojó al mar á sus fines pasajeros. — Los dos cambois de Macao á Sydney. — A todo vapor entre los arrecifes. — Maniobra de resbaladero. — Ayerla irremediable. — Adios á los días dichosos. — En un arrecife. — Agencia de un barco. — Un capitán que es el primero en abandonar el fuego perdido. — Lo que ocurría en el fondo de la bodega mientras el *Leu-Tee* naufragaba en tierra. — Evasion de los emigrantes.

Friquet tenía razon, y Pierre le Gall se engañaba en cuanto al lugar. Ambos amigos estaban prisioneros, pero no en el pañol del contraoeste, si no en su mismo camarote.

Un poderoso narcótico habia dado cuenta de su vigor de atletas, paralizandole una resistencia que hubiera podido prestar cara á los hombres encargados de sujetarlos.

Con esa claridad propia de los que llevan vida de aventuras y tienen siempre el ánimo despierto y el cuerpo en ejercicio, comprendieron en seguida la gravedad de la situacion.

Por fórmula tan sólo trataron de romper las ligaduras que les sujetaban, y luego, convencidos de la inutilidad de sus esfuerzos, se quedaron inmóviles.

Friquet fué el primero que rompió el silencio.

— Pierre — dijo en voz baja — soy un mentecato. He debido tener en cuenta tus palabras de ayer, y tomar las necesarias precauciones.

— Mejor hubiera sido.

— Es verdad.

— ¿Por qué lo dices?

— ¡Carayba! Me hubiera lanzado al cuello del segundo, y tú entre tanto apretarias los tornillos al capitán. Habríamos amarrado lindamente á los dos compadres, y despues de colocarlos en lugar seguro, nadie te impedia tomar el mando del buque, volverle á la buena ruta, y al llegar á nuestro destino, confiar á las autoridades locales á ese par de osos yankees.

— No es mala idea, marinero, y yo te aseguro que los dos piratas no hubieran pesado mucho en las puntas de los garfos de abordaje que llevamos colgados en cada muñeca. Pero... hay un pero lleno de peligros.

— Veamos tu pero.

— No cuentas con los cinco ó seis americanos que maniobran, comen y duermen sin apartarse del revólver, y los hombres de la máquina á quienes no hemos visto. Por lo ménos hay una tercera parte de blancos. En cuanto á la tripulacion de todos colores cuyo lenguaje no comprendo, yo me hubiera entendido con ella « bricándola » como Dios me diere á entender... Para concluir, hijo mio, vuelvo á lo dicho. Habia muchos peligros. Piensa un poco... Tomar un buque entre los dos... cuesta mucho trabajo. No digo que sea imposible. Con el tiempo yo lo hubiera intentado, pero así de repente...

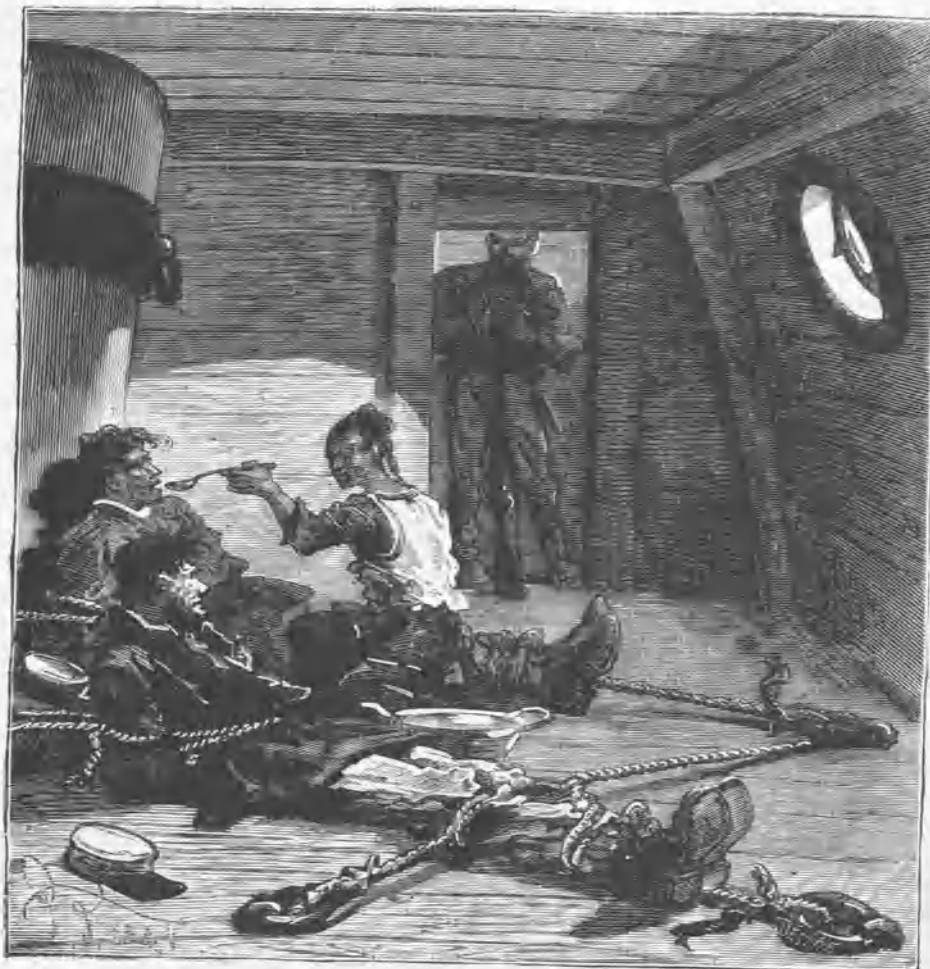
— Tanto más, cuanto más suposiciones con respec-

to al cambio de rumbo no estaban apoyadas en ninguna prueba evidente, y luego esa maldita responsabilidad que hemos contraído con esos pobres diablos, á quienes debemos llevar sanos y salvos.

—¡Eh! Yo no olvido ese deber, y esto es lo que me pone rabioso. Vuelvo á insistir en lo que te decía

ayer. ¡Ah! ¡Si nouviéramos más que nuestro pellejo!....

—Es verdad. Cuando tengo dinero sobre mí no sé lo que me pasa, por eso siempre me apresuro á desembarazarme de todo al poner el pié en tierra. Figúrate lo que haré tratándose de intereses ajenos.... Me



Nos quiere dar una ama de cría.

da miedo el comprometerlos; y creo que tengo en el casco un puñado de estopa en el lugar del corazón, y que mi cerebro está reemplazado por un puchero de resina.

—En una palabra, reflexionando bien sobre nuestra aventura, puede apostarse algo bueno á que somos víctimas de un robo como si nos hubieran sorprendido en un bosque. Veo muy claro el juego de ese pirata que manda á todos esos ladrones de agua salada.

—Es para arrancarse los ojos. Debo confesar que

soy un bestia, y tengo la culpa de todo lo que pasa. Porque en lugar de descubrirme no amarré mi lengua con cien yardas de cuerda. Si no hubiera dicho una palabra respecto á la variación de camino, y en lugar de ocuparme de la brújula hubiera abierto el ojo, no nos hubieran amarrado de esta manera.

—Consuélate —añadió Triquet.— Este golpe estaba ya combinado y decidido desde hace tiempo, puedes estar seguro. Nunca ha tenido el americano la menor intención de conducirnos al punto de des-

tino. Desde que hicimos al segundo las primeras proposiciones para el transporte de los *coolies*, concibieron los dos miserables apropiarse nuestros hombres y venderlos por su cuenta. Un poco más tarde ó un poco más pronto, el acto violento, del cual somos víctimas, se hubiera llevado á cabo. Todo lo más que habrás hecho con tu proceder es adelantar la época. Se me ocurre además la idea de que el extraño personaje que lleva el nombre de Bartolomeo de Monte no debe ser extraño á este negocio. ¿Te acuerdas de sus últimas palabras y de su modo de sonreírse?

—Ya lo creo, ahora mismo estoy viendo su cara y su boca torcida. Si alguna vez vuelvo á Macao, yo le ajustaré las cuentas á ese tunante.

—Con todo esto, nuestra situación es bastante aburrida. Quisiera variar de postura, se me entumescen los miembros.

—¡Pobre hijo mío!—dijo con acento condolido Pierre le Gall;—ya veo que no estás acostumbrado. Cuando yo era joven, y me gustaban por lo tanto las aventuras, he tenido ocasión de conocer á estos capitanes de armas. No eran blandos entonces. Por un sí ó un no le ponían á uno los hierros ó le ataban á uno en los palos del triquete. Esto no evitaba que ciertos marinos fueran excelentes, y si no aquí está la muestra. Es preciso tomar las cosas con paciencia; afortunadamente no han tenido la idea de separarnos, y podemos consolarnos mutuamente.

Durante este coloquio, que tuvo lugar en voz baja, amaneció. La luz que entró en el camarote permitió á los dos amigos formarse idea exacta de su situación.

Estaban sujetos, no con círculos de hierro, sino con sólidos amarros, que aunque menos duros que el metal, impiden, sin embargo, mejor una tentativa de fuga.

Al poco tiempo llegó la hora del desayuno, y los prisioneros se preguntaban si se los comprendería en la distribución de raciones, cuando de pronto se abrió la puerta del camarote, y apareció un chino llevando una cazuela llena de arroz, en la cual navegaban unos cuantos trozos que recordaban vagamente la carne.

—Oye, la entrada del chino me hace recordar mi primera aventura en Egooné con el doctor Lamperrière, cuando los habitantes del citado sitio se disponían á prepararnos, para comernos después.

—¡Silencio!—dijo en inglés una voz ronca, al mismo tiempo que la sombra de un marinero americano aparecía en la puerta.

—Vamos—dijo á media voz Pierre le Gall—un centinela. El capitán nos honra con un arresto de mucho rigor.

El chino dió algunos pasos temblando, metió la cuchara en el arroz, y la aproximó hágo á la boca del viejo marinero.

—Me parece que el maldijo capitán quiere burlarse de nosotros. Nos quiere dar una ama de cría, á mí, Pierre le Gall, natural de Conquet, antiguo contramaestre del *Rayo*, antiguo timonel, y que no ha conocido más biberón que un buen trozo de carne.

El chino, creyendo que el marinero rehusaba, pre-

sentó la cuchara á Triquet, que haciendo de tripas corazón se comió el contenido sin hacer muchos gestos. El chino continuó, por cierto con bastante destreza, la misma maniobra, hasta que el joven le hizo comprender por señas que tenía bastante.

Entonces volvió á tocarle el turno al breton.

—Vamos—murmuró con resignación cónica—pues que es preciso, resignémonos.

Después de esta comida tan poco variada, pero original, el chino iba á marcharse, cuando Pierre le Gall llamó en inglés bastante chapurrado al centinela.

—¡Eh, marinero!

El hombre dió un paso hácia el camarote sin decir nada.

—Vamos á ver—continuó el prisionero—¿cómo cuando el papel de V. sea bastante malo, es V. marinero, y debe V. saber que después de la comida, y quizás ántes, lo que un marinero prefiera es el tabaco. ¿No podría V. proporcionarme un poco, aun cuando fuera muy poco?

El americano se alzó de hombros, hizo una señal al chino, y salió sin contestar una palabra.

—¡Ah bruto!—exclamó el contramaestre.—No necesito hacerme un nudo en el pañuelo para acordarme de ti, y te aseguro que te haré bailar en la cuerda floja. Está bien, nos pasaremos sin tabaco.

Pasaron quince días sin que la situación de los dos prisioneros variase en lo más mínimo, cuyos sufrimientos iban siendo poco á poco intolerables.

El único consuelo que tuvo Pierre le Gall, se lo debió al chino. Un día que el centinela se distrajo un poco, el chino aprovechó aquel descuido para arrojar al marinero un paquete de tabaco.

Tan delicada atención, tal muestra de compasión de parte de aquel desgraciado, conmovieron profundamente al digno marinero.

—¡Pobre chico!—murmuró enternecido—lleva aquí una vida de prisionero; llueven los golpes sobre su débil cuerpo de la mañana á la noche y de la noche á la mañana; su vida es un infierno, y sin embargo, tiene todavía sitio en su corazón para un buen sentimiento. Esto me ha animado. Es poca cosa. Prefiero la intención. Ciertamente he sentido la misma impresión que la que experimento cuando después de un viaje de tres años vuelvo á Conquet, y veo de nuevo mi querida Breaña.

(Se continuará.)

LA VIUDA,

NOVELA DE OCTAVIO FEUILLET, DE LA ACADEMIA FRANCESA.

TRADUCCION DE ILDEFONSO ANTONIO BERMEJO.

Pero el destino, dispensando á su amistad de esta tarea, se reservaba otra que debía ser todavía más delicada y temible.

II.

Corría á la sazón el año de 1870. La guerra fatal estalló. El capitán de Fremeuse fué llamado á Francia y agregado al cuerpo de Mac-Mahon. Despues de Sedan consiguió penetrar en Bélgica, pasó la frontera y corrió á unirse al ejército del Loira bajo Orleans. Á consecuencia de la batalla de Patay, las divisiones del ejército del Norte experimentaron una nueva organizacion en las filas del ejército de Chanzy. En este momento, y cuando se verificaba la retirada sobre el Mans, Mauricio encontró á Roberto La Pave á la cabeza de un batallon de movilizados. Cuando se volvieron á ver por la vez primera, en esta hora tan dolorosa, los dos jóvenes oficiales se abrazaron con ardor, sin atreverse á decir una sola palabra. Pero á partir de este instante no hubo espacio donde no viesen la ocasion de volverse á encontrar.

Desde el principio de la guerra, M. de La Pave fué naturalmente designado para mandar uno de los batallones de movilizados de su departamento. Antes de dejar á su esposa para marchar al honor, al peligro, quiso darle, por lo que pudiera ocurrir, un testimonio supremo de su amor. No teniendo herederos forzosos, le legó la totalidad de su fortuna. Madame de La Pave habia experimentado hasta entónces por su marido un afecto sincero, pero tranquilo; el reconocimiento de esta liberalidad, las emociones de la separacion, la ausencia, la incertidumbre y los peligros corridos añadieron desde este dia alguna cosa más viva y más apasionada. Algunas cartas que recibió Roberto al través de las eventualidades de la campaña, le trajeron la expresion de esta ternura redoblada, y mostraba estas cartas á M. de Fremeuse.

— Me ama — le decía — me ama como nunca me amó; lo siento, y siento tambien — añadió con amarga sonrisa — que no volveré á verla.

Extrañas palabras en la boca de un hombre de un natural tan varonil y tan firme. Mauricio no las escuchó sin sorpresa ni sin inquietud.

Una noche, en el momento de estar paseando juntos en una avanzada fumando, Roberto de La Pave, con la frente más sombría que de costumbre, se detuvo bruscamente delante de Mauricio y le dijo:

— ¿Has observado que me intimida delante del

— ¿Quién! — dijo Fremeuse riendo; — eres incapaz de eso aunque lo quisieras.

— ¡Si, si, perdona! yo me intimidó delante del fuego; lo he conocido, y creo que más gentes lo han conocido tambien. — Y despues de un momento: — Confiesa que me encuentras cobardo.

— ¡Vamos, vamos! Tú eres un hombre heroico desde la mañana hasta la noche; se lo oigo decir á todo el mundo.

— No; yo siento que me acobardo....

Al dia siguiente, á la caída del dia, el comandante de Fremeuse — habia ascendido recientemente á este grado — acababa de apostar sus baterías con los hombres que se habian quedado á la entrada de uno de los desfiladeros del bosque de Marchenoir. La jornada habia sido muy calda. Extenuado por la fatiga, se envolvió en su capote y se quedó dormido sobre la nieve, al lado de uno de sus piezas. Á eso de las doce de la noche sintió que le tiraban de la manga, llamándole por su nombre; se incorporó al momento y reconoció á un valeroso teniente de movilizados que pertenecía al batallon de Roberto y que éste queria mucho.

— Mi comandante — dijo el joven con acento conmovido — el comandante de La Pave os llama.

Mauricio se puso de pié al instante.

— ¿Herido? — dijo.

— Si, mi comandante.

— ¿Gravemente?

— Lo temo.... Venid.... no está lejos; me alegro de haberos encontrado.... ¿Desea tanto veros!

Monsieur de Fremeuse le siguió, y marcharon rápidamente veinte minutos por un sendero que circulaba sobre el límite de los bosques y de los campos. Miétras caminaban, Mauricio aturdió al joven teniente con preguntas llenas de ansiedad.

Roberto habia sido herido en la toma de la aldea d'Origny.... un casco de obus habia chocado contra su pecho.

— No podía ménos que suceder esto, mi comandante — añadió el joven teniente; — vos le conocéis, vos sabéis si es valiente; pero hoy ha rayado en la locura; no sé lo qué tenía; estaba desconocido; reía, lo que no le sucede á menudo, y me gritaba: ¡Muy bien, Julianito! Hoy no tengo miedo, ¿lo ves? » Y cayó cuando me decía esto.... Aquí está, mi comandante. El mayor está á su lado.

Habian llegado delante de una de estas grandes chozas que levantan los carboneros por una estacion en la entrada de los bosques. Se veía al través de las faginas del muro una luz, cuyos reflejos oscilaban

sobre la nieve. Muchos grupos de movilizados estaban tendidos debajo de los árboles. Dos ó tres hombres hablaban en voz baja delante de la puerta. Monsieur de Fremeuse entró.

Roberto de La Pave estaba acostado en medio de la choza sobre un monton de mantas y de mochilas

de soldados, con su uniforme abierto y su camisa cubierta de manchas rojas. Un movilizado estaba de rodillas junto á él, sosteniendo una tartera de porcelana grosera, en la cual empapaban lienzos ensangrentados. Un médico militar, que se hallaba inclinado sobre el herido y que terminaba una curacion,



Le hizo jurar sobre la cruz un pacto de amistad eterno.

se volvió al ruido de la puerta. Este movimiento permitió á Roberto ver á M. de Fremeuse. Sus grandes ojos, agrandados más todavía por la fiebre, descubrieron un rayo de alegría.

— ¡ Ah! — dijo una voz fuerte y breve; — ¡ qué feliz soy al verte! ¡ muy feliz!

— ¡ Y bien, amigo mio! — murmuró Fremeuse tomando la mano que penosamente le tendia; — ¿ estás un poco herido?

— Sí, un poco — dijo friamente. — ¿ Para cuanto tiempo tengo todavía, doctor?

— Para años; yo lo espero — dijo el médico. — Veamos otra vez el pulso.... ¡ Muy bien! Procura que no se descompongan las hilas. Creo que teneis que hablar á nuestro amigo, y os dejo. ¡ Hasta mañana!

Roberto procuró levantarse; le detuvo con la mano, y clavó sobre él aquella mirada turbia y fija, interrogacion terrible de los moribundos.

El rostro del médico permaneció glacial.
 —Vamos, tened juicio. ¡Hasta mañana!
 —¡Gracias, doctor! —dijo el herido, cayendo pesadamente.
 Dejo salir al mayor y á su ayudante; despues, levantando la voz nuevamente,
 —Julian— dijo al jóven teniente —déjame solo

con Fremeuse, y haz de modo que se alejen un poco los hombres que están fuera..... ¡Vamos, no llores, muchacho!.... ¡Anda, hijo mio!

El jóven teniente no pudo retener un sollozo, y se retiró. Monsieur de La Pave tomó entonces la mano de su amigo Mauricio, y la apretó con fuerza.

— Amigo mio — le dijo — tú tomarás todo lo que



Te lo juro por mi honor.

yo tengo sobre mi persona, mi reloj, mi cruz, mi sortija, todas mis prendas, y las llevarás á mi mujer..... ¡Abrázame!

Dos lágrimas se escurrian bruscamente sobre sus descarnadas mejillas. Fremeuse le abrazó violentamente con dos apretones y volvió un poco la cabeza.

—Mauricio— volvió á decir el herido, cuyas funciones se alteraban rápidamente — es menester que yo te diga..... yo no quiero que ella se vuelva á casar,

¿lo entiendes? Si tú quieres que yo muera tranquilo, si tú no quieres que yo muera con la rabia en el corazón.....

— ¡Amigo mio! — interrumpió Mauricio con un tono suplicante.

— ¡Y bien! Prométeme.....

— Pero ¿ cómo, amigo mio?

— Prométeme — prosiguió, acentuando sus palabras con una energia salvaje; — prométeme, que si ella

se vuelve á casar, si hace esta indignidad.... ántes que otro la posea, tú la matarás.

— ¡Roberto! — dijo Fremouse clavando sus ojos en el herido.

— ¡Júrame que lo harás.

— Tú sabes bien que yo no puedo prometer eso.

Hubo un momento de silencio.

— Yo le he dado — repuso el moribundo, cuya voz se enronquecía; — yo le he dado toda mi fortuna....

¿Qué necesidad tiene de volverse á casar? ¿Ves, Mauricio? Yo no puedo soportar el pensamiento de que sea de otro hombre....; Es imposible!; Esto me vuelve loco!.... Ten piedad de mí, amigo mío.... ya ves que voy á morir; ten piedad de mí....

— ¡Amigo mío, yo te lo ruego! — dijo Mauricio, arrodillándose poco á poco á su lado.

— Pero al ménos, al ménos — dijo el desgraciado herido — prométeme decirle que yo la prohíbo.... que es mi voluntad suprema, que yo la ruego, que yo la suplico.... que si se vuelve á casar, si se entrega á otro hombre, saldré de mi tumba, verá mi espectro, escuchará que la maldigo.... ¿Se lo dirás? ¿Me lo prometes?

— Sí, eso te lo prometo.

— Sintió una ligera presión de la mano de su amigo, y despues de una corta pausa:

— ¡Ah! Mauricio — replicó el moribundo con voz agotada — jamás amé á mujer alguna como he amado á esta.... Tú ves lo que pasa.... ¿Pero me prometes decirlo.... lo que yo te he dicho?

— Sí.

— ¿Me lo juras por tu honor?

— Te lo juro por mi honor.

— Gracias.

Durante el resto de la noche su mano guardó estrechamente apretada la mano de Mauricio. Pero vino el delirio y no pronunció más que palabras confusas é incoherentes, pero que revelaban, sin embargo, su triste pesadilla. Cuando asomaron los primeros rayos del alba, espiró.

Monsieur de Fremouse recogió escrupulosamente todos los recuerdos que debía entregar á la viuda. Con el auxilio del jóven teniente, se puso inmediatamente en relacion con el cura y el maire del barrio más cercano; se dió al pobre Roberto una sepultura conveniente, aunque provisional, y Mauricio regresó á su puesto en cumplimiento de su deber.

Al día siguiente encontró algunos minutos para escribir á su madre. Le refirió en diez líneas la muerte de su amigo de la infancia, y le dejaba el triste cuidado de hacer saber á madama de la Pavé la desgracia que había de hacerla morir. Añadió, que tan pronto como terminase la campaña, se apresuraría á llevar á la jóven viuda los últimos despojos de la ternura de su marido, y que se descargaría al mismo tiempo del peso de una misión de confianza, que las últimas voluntades de Roberto le habían impuesto. No se explicó más acerca del carácter de esta misión, pues no tenía ni el tiempo ni la libertad de ánimo necesarios para tratar un asunto tan delicado con todas las circunstancias de que estaba revestido. No quiso, por otra parte, en vista del desorden de los

tiempos que corrían, arriesgar en una carta tan íntimas confidencias.

Quince días despues se daba la batalla del Mans. La propiedad patrimonial de Fremouse, como la de La Pavé, estaba situada en el Perche, á unas veinte leguas del Mans. Desde que la condesa de Fremouse se informó de que el ejército en retirada se acercaba á esta ciudad, acudió allí, esperando ver á su hijo al paso. Llegó, en efecto, para oír con todas las angustias de su corazón maternal, las últimas explosiones de la batalla. Al otro día, solamente supo, por conducto de la administración militar prusiana, que el jefe de escuadron de artillería de Fremouse, herido y prisionero, formaba parte de un convoy que se encontraba ya en camino para Alemania.

III.

Despues de un mes de ansiedad, la señora de Fremouse recibió de su hijo una carta fechada en Hamburgo; se encontraba restablecido de su herida, que no había sido más que una ligera contusión en la cabeza; pero parecía por lo demás abatido, bajo el doble peso de su dolor patriótico y de su duelo amistoso. Se informaba afectuosamente de madama de La Pavé. Su madre le contestó, sin entrar en grandes pormenores, que la señora de La Pavé era ejemplar. Se había encerrado en el campo, y no tenía otra sociedad que la de su tía de Cambalen, lo que constituía, según expresion de madama de Fremouse, el colmo de la mortificación. En la correspondencia sostenida entre los dos, Mauricio estuvo más de una vez tentado de confiar á su madre el extraño mensaje que le había confiado Roberto en su lecho de muerte, respecto á su viuda. Pero siempre le pareció que una materia tan confidencial debía tratarse de viva voz y frente á frente. Este mensaje, sin embargo, del cual apenas se habla acordado en medio de su fiebre y del tumulto de la vida militar, comenzaba á preocuparle muy seriamente desde que se vió condenado á la inacción. Pensaba en él entonces noche y día, sustentándose cada vez más de tener que cumplir una embajada tan extraordinaria ante una mujer que ni aun de vista conocía. Procuraba representarse la escena que se verificaría cuando él se emancipase ante la viuda de este cruel deber; buscaba las palabras de que debía servirse, y se figuraba el aspecto confuso, y tal vez violento, de la jóven viuda. En una palabra, mientras más pensaba en este asunto, más embarazosa y profundamente desagradable le parecía su comision.

Apénas penetró en Francia, despues de la paz, el comandante de Fremouse fué incorporado al ejército que combatía á la *Commune*, y hasta los últimos días de Junio de 1871 no le fué posible obtener una licencia para abrazar á su madre.

Durante el nuevo período que acababa de atravesar, su espíritu naturalmente se había tranquilizado, pero sin poder libertarse del todo del cuidado de su penosa misión. Había llegado el momento de cumplirla; pero resolvió tomar sobre el asunto el consejo de su madre, cuya prudencia apreciaba con justicia; y la misma noche de su llegada, despues de las pro-

longadas expansiones del regreso, le hizo una relación circunstanciada de los últimos instantes de monsieur de La Pave, sin olvidar la promesa solemne que el moribundo había exigido de su amistad. Esta confianza produjo sobre la anciana condesa un efecto extraordinario; permaneció durante algunos minutos sobrecogida, y su palabra, siempre abundante, estu-

vo momentáneamente agotada. Juntaba sus manos con estrépito, mirando al cielo. Mauricio, que había esperado que su madre le hubiese alentado, quedó sorprendido y desconcertado ante una actitud que le parecía inexplicable:

—Os parece muy delicado, madre mía, ¿no es verdad?—preguntó.



Sois mi encanto.

—¡Delicado!—exclamó la anciana señora.—¡Esto es monstruoso!.... ¿Cómo has podido encargarte de una misión de este género?.... ¡Esto es monstruoso!

—¿Cómo rehusarla á un amigo moribundo?

—¡Estaría delirando, hijo mío! ¡No se ejecutan las voluntades de un hombre que delira! Espero que

no tendrás la intención de ir á turbar el espíritu y atormentar la conciencia de esa jóven con una comisión tan ridícula.

—Yo os pido perdon, madre mía.... Es evidente que una promesa hecha en semejantes circunstancias es absolutamente sagrada, y yo no puedo faltar á ella.

—¡Pero veamos, amigo mío.... un hombre que ha

delirado.... se le promete todo lo que pide, como se promete la luna á un niño!

—Roberto no deliraba, madre mía, cuando me impuso este deber. Estaba exaltado por su pasión, pero perfectamente dueño de su pensamiento y de su voluntad. Ha muerto confiado en mi palabra, y ciertamente la sostendré. Sólo os confieso que la comisión me mortifica demasiado, y que yo había contado con vuestros consejos para que me ayudasen á sacar el mejor partido posible.

—¡Ah! querido hijo, te amo mucho; pero si tú esperas que yo misma me encargue de desempeñar tu comisión, te declaro que no tendré entaxon para ello.

—No os pido esto, madre mía; jamás pensé en semejante cosa.... Creo que las palabras, los ruegos de mi pobre Roberto tendrán más autoridad si se transmiten á la viuda por el que los ha recogido de sus labios espirantes. Lo único que os pido, á vos, que conocéis la señora de La Pave — que es para mí enteramente extraña — lo que os pido es que me digáis cuál será el momento de tratar con ella esta cuestión fatal, con qué precauciones, en qué términos.... y además también, cómo suponéis que acogerá este mensaje.

—Le encontrará abominable, de cualquier manera que tú le expongas, de modo que puedes estar tranquilo. No, verdaderamente no se puede concebir tu idea de condenar á una joven de veintitres años, y una mujer bonita, á que permanezca viuda hasta el fin de su vida. ¡Esto es bárbaro, es hasta inhumano! ¡Es superior á todo lo malo que puede concebir una imaginación!

—Madre querida — dijo Mauricio, tomándole afectuosamente las manos y hablándole con los ojos — ¿no me habeis enseñado, cuando yo era niño, que una palabra de honor no se discute, y que cuando se ha dado es menester sostenerla ó morir?

La condesa le abrazó.

—Eres un buen hijo — observó con emoción — y un valeroso caballero.... Yo te pido perdón, pero jamás me he visto tan contrariada en mi vida.

—¡Contrariada! — repitió Mr. de Fremeuse sorprendido y mirándola.

La madre se turbó y se enrojeció.

—Sin duda — añadió la condesa con cierta perplejidad — yo me pongo en el lugar de esta joven, que va á enojarse mucho y que va á profesarle aversión.... Sin contar que no te ama demasiado.

Mauricio hizo un gesto de resignación y no insistió. Acaso había entrevisto la verdad. La verdad era que su confianza iba aparejada de un golpe terrible contra su madre, destruyendo bruscamente, como un castillo de naipes, el edificio que se complacía en levantar en las nubes, en nubes doradas, desde el día en que supo la muerte de Roberto de La Pave. Desde este día, en efecto, comenzó á maquinár en su cerebro el casamiento de su hijo con la muy rica viuda y heredera de Roberto. Este casamiento le ofrecía muchas tentaciones irresistibles. Descaba vivamente casar á Mauricio, y se conoce cómo devora á las madres este ardor matrimonial. Mauricio había parecido hasta entonces poco dispuesto al matrimonio; pero la con-

desa contaba, con justicia, con el encanto excepcional de la bella Mariana para decidirla; contaba también con el mérito especial de su hijo para deslumbrar á la joven viuda y para compensar á sus ojos la diferencia de las fortunas; la vecindad del campo era igualmente una circunstancia excepcional que favorecía á las mil maravillas estas perspectivas de mutua seducción. En fin, la señora de Fremeuse, á fuerza de vivir en el campo y de regentar sus intereses, había tomado por la tierra el gusto, ó más bien la pasión de un labrador normando. El dominio de La Pave, que presentaba continuamente delante de sus ojos su inmensa vegetación, sus labores, sus quintas y sus bosques, ejercía en su ánimo una profunda fascinación. Á fuerza de industria fecunda había ya engrandecido medianamente su limitada tierra de Fremeuse, y agregar á ella como complemento el dominio de La Pave era para ella agregar el reino de Italia al ducado de Saboya: era un ideal por el cual la anciana señora hubiese jugado su cabeza.

Se comprende con qué sentimiento de amargura debió acoger una revelación que rompía por completo este sueño delicioso. Que M. de La Pave hubiese dirigido á su mujer, al morir, el encargo suplicante de no volverse á casar, y que hubiese confiado precisamente tal mensaje á M. de Fremeuse, era en verdad un hecho que parecía combinado con el propósito de arruinar desde el fondo sus secretas esperanzas. Sin embargo, pasado el primer estorbo, la Condesa, con la tenacidad de los naufragos, se afianzó á las tablas más débiles y recibió su valor perdido. Ella pensó interiormente, acaso, que dada la fragilidad de la mujer — y también la del hombre — no era imposible que un día á otro no llegase á ser una letra muerta el fatal mensaje.

Al siguiente día de su llegada, Mauricio envió por la mañana al castillo de La Pave un criado con un billete: se informaba de la hora en la que madama de La Pave podría recibirle. Ella respondió en una de sus tarjetas que recibiría á M. de Fremeuse á cualquier hora del día, según le conviniese; en su consecuencia, á eso de las tres de la tarde se puso en marcha nuestro joven en dirección al castillo de La Pave.

Encontrábase muy agitado con el pensamiento de la entrevista que se preparaba. Á la aprehensión demasiado verosímil de una escena dolorosa, y al cuidado grave de su terrible embajada, se pintaba en su ánimo una inquieta curiosidad de conocer y de ver de frente la mujer que había derramado filtros en las venas de su amigo. Siempre le concedió una influencia nefasta respecto al destino de su amigo Roberto; no la quería nada absolutamente por su parte, como se lo había dado á entender á su madre.

Todo contribuía en este momento á sobreexcitar su emoción y á perturbar sus nervios. Recorrió los senderos, los bosques, las praderas que tantas veces había recorrido en su niñez, y cuando fué hombre, sobre todo después de las pruebas viriles y de los dolores trágicos, este dulce paisaje natal le hacía experimentar una impresión profunda mezclada de tristeza y de placer.

En una encrucijada del camino, y cerca de las avenidas del castillo, se veía una cruz de piedra, que desde tiempo inmemorial servía de punto y de término á las procesiones de la parroquia el día del *Corpus Christi*. Esta fiesta se había verificado precisamente la semana anterior, y la cruz se encontraba todavía adornada con una corona de boj. Allí mismo, punto donde se cruzaban varios caminos, había pasado, muchos años ántes, una escena que vino á la memoria de Mauricio. Á este paraje, Roberto de La Pave, en un arranque juvenil y novelesco, le había llevado una noche con aire misterioso; en este sitio, los dos mozaletes, con todo el ardor de la sinceridad de su alma, se juraron, abrazándose, una amistad eternamente fiel. Al llegar delante de la vieja cruz, Mauricio vaciló, y luego se detuvo: se sentó en uno de los escalones del pedestal, y todos sus recuerdos de infancia, de juventud, de amistad y de tristeza, atropellándose en su corazón, el jóven oficial se enterneció.

El castillo de La Pave es una bella y original construcción, que parece pertenecer á la primera mitad del siglo XVII y que no se encuentra sin sorpresa en un rincón extraviado del Poche. Compónese de un pabellón central y de dos alas bien configuradas; el techo es plano, á la italiana, y cercado de jarrones de piedra. Tiene un maravilloso aspecto cuando se mira desde el centro de la avenida principal, sobre su terraza-balanstrada. Detrás de la habitación se extiende un vasto jardín, dispuesto á la antigua moda francesa, con largas tiras de plantas de carminos, parterres de bordados y orladuras de boj. También se veían hace veinte años, y esperamos que se vean siempre, tejos tallados, no solamente en forma de pirámides y de peones de ajedrez, sino en figuras de dragones y de otros animales apocalípticos.

En el momento en que M. de Fremouse penetraba en el patio del castillo, Mme. de La Pave y su tía, Mme. de Combalen, ambas vestidas con el luto más riguroso, se paseaban hablando bajo una de las arboledas del jardín. Si el jóven comandante de artillería hubiese podido esenchar su conversación, la preocupacion que le causaba su primera entrevista con la viuda de Roberto ciertamente no se hubiera disminuido.

Es raro que una mujer quiera mucho á los antiguos amigos de su marido, y que los deje voluntariamente introducirse en su interior doméstico. Son cómplices de una juventud sospechosa, rivales de afecion y de influencia, que la mujer está más ó menos deseosa de separar. Madame de La Pave, al casarse, participaba de estas prevenciones, bastante generales en su sexo; prevenciones que habían crecido y se habían redoblado por muchas circunstancias, y especialmente alcanzan á M. de Fremouse á un grado particular de oscuridad y de resentimiento. Madame de La Pave confesaba estos sentimientos sobre este asunto á la señora de Combalen en este instante, llevando con frecuencia á sus narices el frasco de sales fajado en su pañuelo.

— Es un momento penoso, querida tía — dijo. — Sé que debo recibirle, ciertamente, y hasta recibirle

bien, porque mi marido le apreciaba mucho, y él mismo ha permanecido amigo fiel de Roberto hasta su muerte.... Lo sé, y yo procuraré mostrarme amable con él como cumple á mi deber; pero no puedo explicar lo que me cuesta. Mauricio de Fremouse ha sido siempre enemigo mío, querida tía.... así lo he comprendido siempre y así lo he dicho; siempre comprendí que él se encontraba entre mi persona y la de mi marido. He leído en estos últimos tiempos todas sus cartas dirigidas á Roberto, y en todas le encontrado, bajo una delicadeza de buenas formas, la sospecha, la desconfianza y la antipatía contra mí.... y hasta la calumnia, querida tía.... puesto que me convertía en el genio malo de mi marido.... me acusaba de haber roto su carrera, de haberle debilitado el sentimiento del deber y del honor. ¡Oh! he comprendido perfectamente todo esto al traves de sus perfrasis y de sus alusiones.... ¿No es esto odioso? ¡Y probablemente me acusará ahora de haber sido yo la causa de su muerte!.... ¿No es esto duro, querida tía, verse una obligada á dar buena acogida á este hombre?

— Es muy duro, querida — dijo Mme. de Combalen — y me asocio desde el fondo de mi corazón á á todos tus sentimientos.... pues yo detesto sobre todo á los hipócritas; pero es necesario que te diga, hija mía, que tu enojo no durará, será cuestión de algunos días.... Este caballero te hará dos ó tres visitas, y después partirá en busca de sus cañones, y tú no le volverás á ver en toda tu vida, si lo deseas.

— Si, querida tía, no lo dudo.... ¡pero qué penoso es!

Este diálogo fué interrumpido por la aparicion de un criado que acababa de advertirles que el comandante de Fremouse se hallaba en el salón.

Madame de La Pave se puso pálida.

— ¿Quieres que te acompañe, querida? — preguntó la señora de Combalen.

— No, tía; te lo ruego — respondió la jóven viuda. Y se encaminó con su flexible pié hacia el castillo, con un ligero balanceo de tallo semejante al movimiento onduloso de los cisnes.

Cuando llegó á la puerta del salón, se detuvo y suspiró con toda su fuerza; después, con una especie de resolucion brusca, abrió la puerta.

La mujer que se presentaba entónces á M. de Fremouse no correspondía á la idea de la belleza imponente que él se había forjado: le pareció más bonita y elegante que bella. Tenía las facciones puras y delicadas; la tez, de un moreno pálido; cabellos muy negros, severamente dispuestos á manera de fanalés, y el cuello, flexible y delicioso. Parecía á primera vista más alta que lo que realmente era, porque poseía unas formas admirables; todos sus miembros y todo su exterior armonizaba en aquella proporcion acabada que da la gracia suprema, y que hacen de cada movimiento de una mujer una seducción.

(Se continuará.)

¿QUIÉN GANARÁ?

(CUADRO DE D. FRANCISCO JOVER Y CASANOVA.)

La escena es un salón y la época el siglo XVII.

Dos jugadores de ajedrez se hallan empeñados en una partida; el uno, que acaba de mover una pieza, celebra con sonrisa irónica su feliz jugada; el otro examina atentamente la disposición del tablero, procurando evitar el jaque-mate con que le amenaza su contrario. Un hidalgo, sentado cerca del primero, dirige observaciones al jugador meditabundo; un joven, de pie, observa también la partida; tres bellas damas que leían una misteriosa carta suspenden la lectura al oír la risa del jugador afortunado.

Los accesorios están bien entendidos y dispuestos.

El cuadro es original de D. Francisco Jover y Casanova, natural de Murs (Alicante), discípulo de la Escuela especial de Pintura.

POR UNA CORONA TRES CORONAS.

— Vístete con tus mejores galas, Lutgarda; hoy es día para mí de inmenso júbilo; día que ya no esperaba ver brillar sobre el negro horizonte de mi vida.

Esto decía una mujer joven aún y hermosa, quien delante de un pequeño espejo de Venecia daba la última mano al espléndido atavío que usaban las damas de alta alcurnia en el siglo XIII, dirigiéndose a una niña pálida, triste y abatida que permanecía respetuosamente detrás de ella.

— ¡Si! — reposo la dama sonriendo; — soy dichosa, muy dichosa. ¡Le amo tanto! Él es el ídolo, la esperanza de mi vida. Lo amé desde la infancia; le amaré mientras exista.... ¡Oh, cómo se representan á mi imaginación en este instante las escenas del pasado!

«Reconció cuando trajeron á su padre, prisionero, delante de mi padre.

«Enrilo, el bello adolescente, juntaba sus manos suplicantes y pedía gracia para el autor de su existencia.... Yo no contaba más que siete años, y no sé lo que sentí en el corazón al escuchar su súplica.... Prorumpí en sollozos, caí á las plantas de mi padre, y le pedí entre lágrimas el perdón del prisionero....

«Mi padre perdonó.

«Desde aquel momento, el alma de Enrilo se adhirió á la mía, como el insecto de alas de oro se adhiere al cáliz de la flor que le da abrigo.

«Más tarde aquel fraternal afecto se trocó en amor, y más tarde aún, en luto y desconsuelo.

«Mi padre me obligó á casarme con Halcón; con Halcón, de alma dura, de voluntad de hierro. ¡Cuánto sufrimos entonces! ¡Ah, no se puede de dolor, cuando Enrilo y yo no descendimos entonces á la tumba!

«¡Lloras, Lutgarda, mi dulce niña; lloras?

«Estás pálida, trémula.... ¿Es que las desgracias de la que ha sido para ti casi una madre te conmue-

ven, ó es que tienes celos del amor que á él le profesas?

«No, Lutgarda, pobre huérfana, no temas. Seré para ti lo que he sido siempre: no reposaré tranquila hasta que no te haya conñado á un esposo, tan digno y noble como mi noble Enrilo.... ¡Oh, si! noble, generoso, espejo de altísimas virtudes....

«¿Te acuerdas del día en que llegué de improvviso á este castillo, ya viuda y libre, para ofrecerle mi mano?... ¿Te acuerdas cómo lloraba de júbilo Magno, su padre, al estrecharme entre sus brazos, dándome el dulce nombre de hija?... Tú, confiada por mí á la custodia de la difunta mujer de Magno, para sustraerte á la saña de mi esposo, enemigo de tu raza, te postraste de rodillas ante mí, y casi perdiste el sentido, embargada de alegría.... ¿Y él?... ¡Oh! él estaba tan conmovido, tan trémulo y confuso como lo estás tú ahora....»

La alegría es expansiva; los que son dichosos gustan de hablar, y hablar mucho.

La hermosa sólo se interrumpió para correr á la ventana y gritar con alborozo:

— ¡El sol!... ¡El sol!... ¡Mira, Lutgarda, el primer rayo de sol!...

Era, en efecto, un tímido rayo de sol el que brillaba sobre los altos penachos de los montes; rayo que hubieran hallado pálido los habitantes de otras regiones; pero en el corazón de Noruega, en donde se representaba esta escena, parecía muy esplendente, porque sucedía á la aurora boreal, que durante muchas semanas consecutivas ilumina su horizonte.

El paisaje sobre el cual vendía á derramar sus amortiguados reflejos era severo y majestuoso.

Al pie de las ventanas del castillo se agitaban las ondas verdosas é inquietas del Risvand, lago sombrío, encajonado entre montes gigantescos, de granito unos y desnudos de follaje, cubiertos los otros de espesos bosques de pinos y de abetos, pero todos ostentando una diadema de nieve en sus atrevidas crestas.

Cataratas rugidoras, impetuosas y desbordadas torrentes, tristes ecos que resonaban en la concavidad de las múltiples cavernas y se mezclaban con el graznido lúgubre de las aves acuáticas; nada faltaba allí de lo que pudiese completar la belleza salvaje é imponente de aquel cuadro.

Á veces se veía cruzar por entre las matas de un verde oscuro, tan oscuro como el azul del cielo, algún oso blanco fugitivo, ó algún gato montés; otras veces era un rebaño de ronciferos traídos de Laponia, los que un pastor conducía á los feraces pastos, comunicando vida y animación á la agreste escena.

— ¡El primer rayo de sol! — repuso con entusiasmo la dama. — ¡Hasta la Naturaleza se viste de gala para celebrar mi ventura! ¿Y tú no te vistes, mi Lutgarda?

Volvióse al decir esto hacía su compañera, y lanzó un grito de júbilo y sorpresa.

Enrilo acababa de entrar en el aposento; era un guerrero de noble apostura, de rostro varonil y bello.

— ¡Margarita! — exclamó el guerrero,

Pero su voz al pronunciar este nombre era triste y



¿QUIEN GANARÁ?.—(CUADRO DE D. FRANCISCO JOVER Y CASANOVA.)

angustiada; triste y angustiado era su continente. Margarita no lo vió.

—¿Es hora ya?— exclamó con explosión de júbilo;—¿está ya el sacerdote en el altar? Pronto, pronto, Lutgarda, mi velo, mi corona nupcial....

Y corrió al espejo para colocar la corona sobre su bella frente.

¿Pero qué escena reprodujo ante sus ojos el pérfido cristal? ¿qué es lo que vió representado en su tersa superficie?

Margarita se puso tan pálida y temblorosa como lo estaba antes Lutgarda, y el velo se escapó de entre sus manos.

Se lanzó fuera del aposento.

¡Ay, que Margarita había visto bien! ¡Ay, que el amor graba sus promesas sobre espuma, y la espuma se deshace al menor soplo del viento! ¡Ay, que es como las hojas de los árboles, que se renuevan á cada primavera!

Enrilo se había apoderado con pasión de la mano de Lutgarda, estrechándola entre las suyas; Enrilo volvió á apoderarse de ella, cuando ambas estuvieron solos.

—¡Este sacrificio es superior á mis fuerzas!— exclamó con desesperado acento.— ¡No puedo! ¡No puedo!

—Cumplamos nuestro deber, y muramos, si es preciso— murmuró dulcemente Lutgarda.— Ella salvó en otro tiempo la vida de tu padre; ella bajaba todos los días al hórrido calabozo en donde suspiraba el mio, y endulzó sus postreros instantes; jurándole que me serviría de madre.... ¡Muramos, si es preciso, Enrilo, pero que ella sea dichosa!

Y al decir así, prorumpió en mal contenidos sollozos.

La puerta se agitó violentamente. ¿Es que estala escuchando Margarita?

Pero no: la hermosa desposada entró casi al instante, pálida, pero tranquila.

Completó su atavío, y asiendo de la mano á Enrilo y á Lutgarda, se dirigió con ellos á la capilla.

La capilla de Risvaml ofrecia toda la severa majestad de un templo luterano. En su centro se agrupaban las damas y caballeros, convidados á la augusta ceremonia; en un ángulo, sentado en una poltrona de cuero, se veia al padre octogenario de Enrilo, ciego y paralítico.

Margarita, arrastrando en pos de sí á los dos jóvenes, llegó hasta él.

—Magnó— exclamó con tono solemne— al salvarte la vida me juraste suscribir á todos mis deseos.... Reclamo ahora aquella sagrada promesa.... ¿Juras aprobar cuanto yo haga en este instante?

— ¡Lo juro!— respondió el anciano.

Un estremecimiento convulsivo agitó todos los miembros de Margarita; sus ojos despidieron un brillo siniestro; pero aquel brillo se extinguió rápidamente, como nace y se extingue el rayo que ilumina el universo.

Arrojóse la corona nupcial, la puso en las sienes de Lutgarda, y arrojando á ésta en los brazos de Enrilo, le dijo con voz firme y segura:

— ¡He alii á tu esposa!

Elevóse en el templo un grito de asombro.

— ¡Silencio, silencio todos!— volvió á decir Margarita; que empiece la ceremonia.

Su voz era enérgica, su ademán altivo é impo-

nente.

La ceremonia se empezó en efecto; pero apenas se había concluido, cuando se oyó á lo lejos el galope de muchos caballos.

Pocos instantes despues se precipitaron en el templo varios caballeros cubiertos de sudor y polvo.

— Magnánima viuda de Halcon VIII— exclamó uno de ellos hincando la rodilla delante de Margarita— el voto de los noruegos te elige por su reina.... Ven; las calles de Christiania están cubiertas de flores; ven, que tus vasallos te aguardan con impaciencia para aclamarte y bendecirte.

Margarita irguió la noble frente.

— ¡Ah!— exclamó con entusiasmo— ¿am me queda algo que hacer en la vida; ¿ám puedo hacer felices!....

Depositó un beso en la mejilla de Lutgarda; abrazó á Enrilo y á Magnó.

¡Partió!

¡Cumplió su promesa!

La hija y heredera de Valdemar III, rey de Dinamarca; la ilustre viuda de Halcon VIII, rey de Noruega; la que habia sabido vencerse á sí misma renunciando heroicamente á la nupcial corona, alcanzó también el estró de Suecia, y ciñó á sus sienes la triple corona de la Escandinavia.

Su reinado fué un reinado de gloria; prosperaron las letras, tomaron incremento las artes y la industria, y adquirieron las armas nuevo brillo; la Historia llama á Margarita la *Semiramis del Norte*; los escandinavos la dan todavía el dulce título de *madre*.

Margarita no se volvió á casar; Enrilo no tuvo otro sucesor en su corazon que el pueblo, al cual supó hacer tan grande y tan dichoso.

ÁNGELA GRASSI.

MERCURIO.

En la sección de Escultura del célebre Museo nacional de Pinturas de Madrid figura la estatua cuyo título sirve de epigrafe á estas líneas, una de las más hermosas de Torwalsem, discípulo de Canovas, y que, como él, siguió las tradiciones del antiguo.

Dicha estatua fué adquirida en Copenhague por mediación de D. Leopoldo Augusto de Creso, distinguido hombre de letras é inteligente apasionado de las artes, que por algun tiempo ha representado á España en aquella córte.



J. VALLEJO.

MERCURIO.

PARIS

VESTIDO INCOMBUSTIBLE.

El ingeniero sueco Sr. Vestberg ha inventado un vestido con el que puede resistirse á la accion de las llamas, porque está dispuesto de modo que tiene constantemente mojada su superficie exterior. Se compone de dos capas: la interior de caoutchouc, y la exterior de cuero inglés perforado por gran número de pequeños orificios.

Por medio de una bomba se introduce constantemente agua entre las dos cubiertas, la cual va saliendo por los orificios y mantiene mojada la parte externa del vestido.

El hombre provisto de este traje lleva en la mano un ramal del tubo de la bomba, que le suministra agua con que combatir el fuego. Al propio tiempo se introduce tambien aire al interior del traje, bastante comprimido; á fin de que hinche el vestido, y saliendo al exterior por una abertura dispuesta debajo de la visera del casco arrastre los productos de la respiracion y aparte de la vista el humo y las llamas.

En Berlin se ha ensayado este aparato por monsieur Ahlstraem que, vestido con dicho traje, ha permanecido sin el menor contratiempo sobre una inmensa hoguera producida por leña rociada con petróleo, cuyo calor no podía soportarse á la distancia de 40 pasos,

CUATRO EDADES.

I.

— ¡Qué gusto! Hoy no tengo esencia.
Papá, llévame al teatro.
Tú estos dos (para mí cuatro).
Mañana es mi santo, abuela.

II.

— ¡Amar! qué dulce armonía
De dos almas que se quieren;
Todo es placer y alegría;
Las ilusiones no mueren,
Ni engaña la fantasía.

III.

— Un desengaño ¡ay dolor!
Mata alevoso en el pecho
Las quimeras que me han hecho
Vivir gozando de amor.
Un desencanto mayor
Sufré despues la amistad,
Y me engaña la maldad
Con el traje de inocencia,
Que es de la vida la ciencia
Desfigurar la verdad.

IV.

— Triste ha sido perder las ilusiones,
Que en la niñez alegre me encantaban,
Y una á una perdí las que arrancaban
Al alma juvenil dulces canciones.

Gastóse el corazon en emociones
Con que amor y amistad siempre brindaban;
Pero ambos vi que fieros me engañaban,
Y hoy conozco ya bien los corazones.

Ya todo concluyó: no hay esperanza
De poder desandar lo que está andado,
Y puesto que la edad, conforme avanza,

El fuego del amor lo deja helado:
Solo quiero vivir, sin más testigo
Que la bondad de Dios para conmigo.

EDUARDO DE CORTÁZAR.

EL MAS VIL.

En las sombrías regiones
Del crimen, visto á traves
De la justicia, ¿cuál es
El más vil de los ladrones?

Vulnere un santo derecho
Quien hurta la propiedad
Ajena; pero es maldad
Que realiza en su provecho,

Falta á la ley y al deber
Y merece correccion;
Pero, acaso, aquel ladrón
Robaba para comer;

Que en la difícil materia
De juzgar á los que gimen,
Á veces se dice: «¡crimen!»
Donde hay que decir: «¡Misericordia!»

Pero, ¿cuál es el ladrón
Que en todo tiempo y lugar
Ni puede el robo explicar
Ni merece compasion?

El que no va tras el oro,
La fortuna ni el poder,
El que por torpe placer
Roba el ajeno decoro.

El difamador es copia
Del que al matar se envenena;
Pues que al robar la honra ajena,
Viene á quedar sin la propia.

FRANCISCO FLORES GARCÍA.

EL ALCALDE.

(TIPO ARAGONÉS.)

El tipo que hoy ofrecemos á los lectores de LA AMENIDAD es copia del natural, hecha por el malogrado y célebre dibujante Becquer.

Su pañuelo de la cabeza oscuro, sus medias y su calzon negro, su capa de rigor en los actos oficiales,



EL ALCALDE (TIPO ARAGONES).

su bastón mayúsculo adornado de dos características borlas; todo indica que se encuentra en el ejercicio de sus funciones.

Al día siguiente, apenas claró el alba, desnudándose el traje de gala y colgando de alguna espetera el venerable bastón, nuestro buen alcalde se echó la azada al hombro para ir á cavar la vna que posee.

OBELISCO LLAMADO AGUJA DE CLEOPATRA.

Tan acostumbrados nos encontramos los de la actual generación á sorprendentes manifestaciones y gigantescos trabajos, que lo que fué para nuestros antepasados motivo de la mayor admiración, como la colocación del obelisco de Sixto V en Roma y la instalación, más tarde, del monumento de la plaza de la Concordia, es hoy para nosotros cosa ordina-

ria y común; baste para ello recordar el poco interés con que el mundo ha sabido la traslación á Inglaterra del monumento llamado Aguja de Cleopatra.

Ni un céntimo ha dado el Gobierno británico en obra tan costosa.

El profesor Erasmo Wilson dió parte al ingeniero Mr. Dixon, comunicándole ser su voluntad que los 250,000 francos necesarios para la empresa los recibiría única y exclusivamente de su mano.

Como nadie mejor que el citado Mr. Dixon puede darnos noticias del proyecto realizado, vamos á entresacar, de la conferencia por él dada en Londres, algunos de sus principales incidentes.

«Después de discutir varios proyectos, dice el sabio ingeniero, tuvimos por lo más sencillo y hacedero envolver el obelisco en un cilindro de tal consistencia, que pudiese con toda seguridad resistir el roce consiguiente á la traslación desde el lugar donde se hallaba hasta el sitio en que las aguas pre-



Fig. 1.ª.—Traslacion del obelisco aguja de Cleopatra para disponerlo paralelamente á la orilla.

sentasen el fondo suficiente para que el obelisco con todos sus adyacentes pudiese flotar.

»Dióse al cilindro la forma parecida á la de un barco de 4^m,572 de diámetro y 28^m,38 de largo. Dividido el cilindro en diez compartimentos, todos impermeables, quedó formando un verdadero caparazón, cual puede verse en las figuras 1.ª, 2.ª y 3.ª

»La operacion de hacer rodar hasta el mar el cilindro fué sobremanera penosa. Por muchos que fueron nuestros cálculos y nuestros cuidados, todo, sin embargo, fué inútil, porque á 200 metros del punto de partida, y cuando ya nos faltaban tan sólo 20 para llegar al en que hubiera el nuevo barco podido flotar, una durísima piedra vino á romper el cilindro.

»Lo que hubo que trabajar para sacar á flote un navío de unos 300,000 kilogramos de peso, casi sumergido en ocho ó nueve piés de profundidad, no es para referirlo; pero teniendo presente aquel refrán de «la constancia todo lo alcanza», tanto se trabajó, que pronto tuvimos el barco flotando y en disposición de ser conducido á Alejandría.

»Una vez en este punto, se procedió á aparejarlo, proveyéndole de timón, mástiles, gavias y todos aquellos requisitos que son necesarios á un barco de vela, y con los cuales pudo abandonar definitivamente el Egipto, siguiendo al vapor remolcador en direccion á su nueva patria.

»Siguió sin novedad su camino hasta llegar al golfo de Gascuña, donde tales temporales le azu-

taron y tan fuertes vientos le embistieron, que, roto el cable que le unia al remolcador, y abandonado en alta mar, tuvo que refugiarse en el Ferrol, costando las maniobras la vida á dos infelices marineros.

» Haciéndose á la mar segunda vez, llegó sin accidente notable, en seis días, á Londres.

» Por lo que hace al modo de erigir el obelisco, hé aquí el procedimiento que se ha seguido:

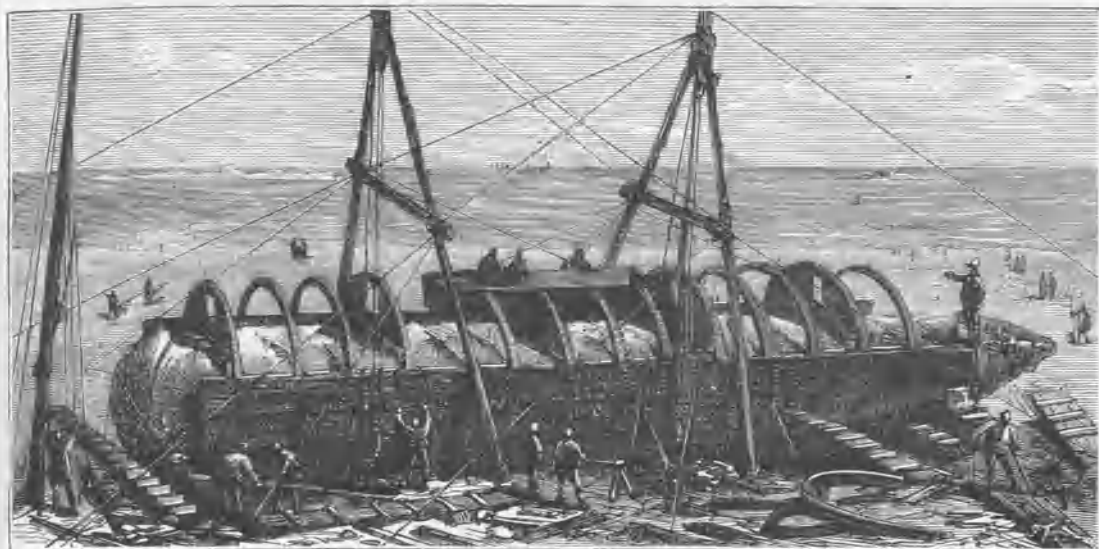


Fig. 2.ª—Construcción de un cilindro envolvente al rededor del obelisco.

» Aprovechar la marea alta para poderlo varar y hacer caer sobre una andamiada, en donde queda despojado de los aparejos y convertido en cilindro,

que, rodándole, fué conducido á su punto de destino.

» Allí se le envolvió por la parte correspondiente

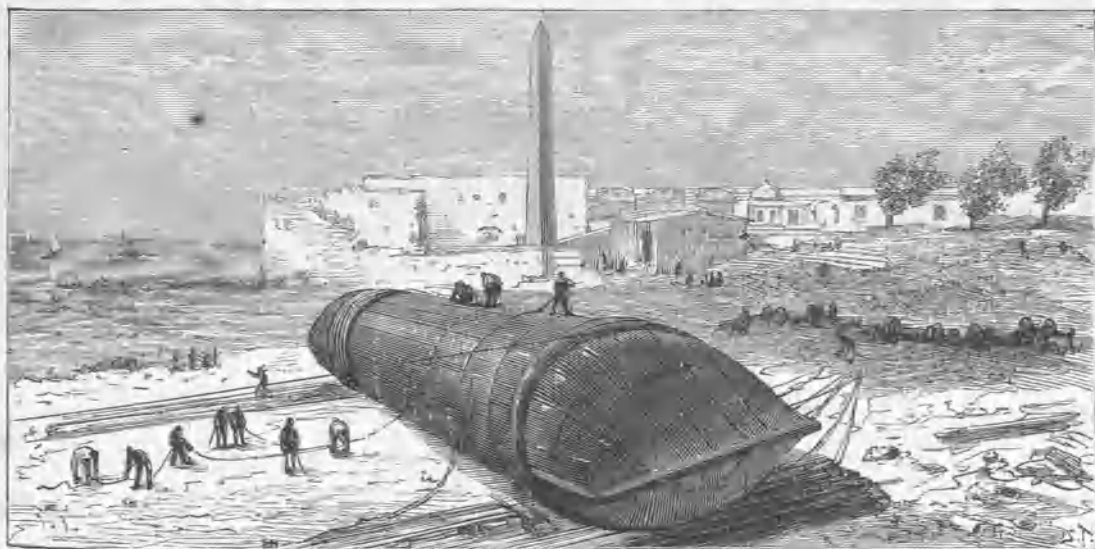


Fig. 3.ª—Obelisco envuelto en su cilindro y lanzamiento al mar.

á su centro de gravedad en un fuertísimo cilindro de hierro, provisto de dos ejes y sujeto al obelisco mediante varios crics hidráulicos.

» Se elevó en el aire una extremidad de la aguja y se la dejó descansando sobre un madero; se hizo lo mismo con el extremo opuesto, hasta que tomó la

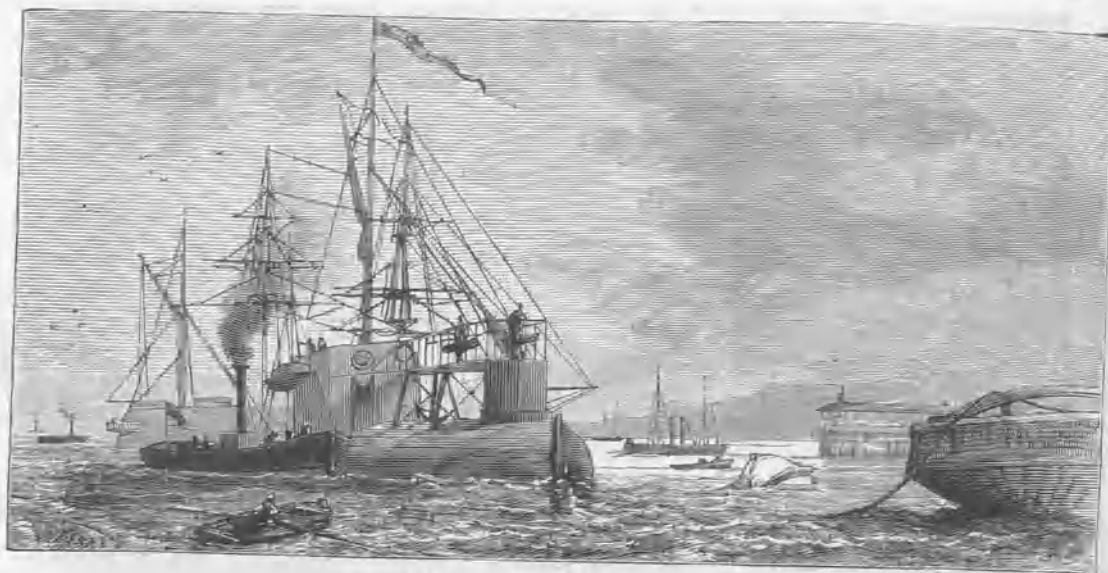


Fig. 4.ª—Arribo á Grovesand de la aguja de Cleopatra.

posición horizontal, y repitiendo con una y otra extremidad igual operación hasta llegar á colocar á cierta altura todo el monolito. Se la hizo entonces girar suavemente sobre sí misma, y poco á poco la aguja descendió sobre su pedestal.

»Para la erección del obelisco de Sixto V hubo que emplear los esfuerzos combinados de 1.500 hombres y 140 caballos. Para el de la plaza de la Concordia bastaron 200 hombres y ningún caballo.

»Las dimensiones del obelisco de la plaza de la Concordia son :

Altura de la pirámide.	22,84 metros.
Volúmen.	84,46 metr. cuadr.
Peso.	229,500 kilogramos.

»Las de la aguja de Cleopatra son:

Altura.	20,8861 metros.
Volúmen.	71,608.635 m. cuds.
Peso.	188,984,928 kilogrs.

»Diferencia entre los dos:

En altura.	1,9739 metros.
En volúmen.	11,851,565 m. cuds.
En peso.	40.515,072 kilogrs.»

SONETO.

—¿Por qué no te confiesas?—dijo el cura,
Y el enfermo calló por vez tercera.
—Mira que Dios tu salvacion espera,
Y como te confieses es segura.—

Hubo una breve pausa. La voz dura
Del sacerdote se tornó ya fiera,
Y exclamó estremecido: —¡Considera
Que el infierno va á ser tu sepultura!—
Se incorporó el enfermo poco á poco,
Y con acento entre inacuado y tierno,
Le dijo al capellán: —¡Padre, estoy loco!
Ella.... murió en mis brazos este invierno.
No se pudo salvar.... pues yo tampoco.
¡Quiero volver á verla en el infierno!

CONSTANTINO GIL.

SUMARIO.

GRABADOS.—¿Quién ganará?, cuadro de Jover y Casanova.—Mercurio, estatua de Torwaldsen.—El alcalde (tipo aragonés).—Aguja de Cleopatra (cuatro grabados).—Varios dibujos pertenecientes á las novelas.

TEXTO.—Evaugelina, por Longfellow.—El Archipiélago de Faeroe, por Julio Verne.—Aventuras de un pilluelo de Paris en Oceania, por Boussennard.—La Viuda, por Octavio Feuillet.—¿Quién ganará?, cuadro de Jover y Casanova.—Por una corona tres coronas, por Angela Grassi.—Mercurio.—Vestido incombustible.—Cuatro edades, por Eduardo de Cortózar.—El más vil, por Francisco Flores García.—El alcalde (tipo aragonés).—Obelisco llamado aguja de Cleopatra.—Soneto, por Constantino Gil.